



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 1

VIEJO TRAPILLO

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: Octubre 2013
Revisión: 29 de abril de 2023

PRESENTACIÓN	7
CIBERPÍNFANOS.....	11
RECUERDOS DEL COLEGIO DE LAS MERCEDES	15
MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO	39
SEGISMUNDO “MUNDI”	94
EL OTRO FÚTBOL	122

PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias

a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra

Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

CIBERPÍNFANOS

Autor: José Enrique Villarino Valdivielso

Permitidme que primero me presente. Soy José Enrique Villarino Valdivielso, de Lugo. De los números en los CHOES, habitual tarjeta de presentación entre nosotros, no es que no quiera, es que no puedo ya acordarme.

Alumno, que no interno que suena fatal asociado a Carabancheles, desde octubre de 1961 a junio de 1965, primero en el Colegio de Santiago en Carabanchel Bajo y, más tarde, en el Colegio de Sta. Bárbara en Carabanchel Alto. Desde esta mi primera colaboración para “Pínfanos Digital” intentaré estar en sucesivas ocasiones con vosotros salvo cuando los apretones de trabajo, familiares o de cualquier otra índole me lo impidan, que quiera Dios sean los menos.

Aquí estaré pues, a vueltas con lo divino y humano animándoos a enviar también vuestras colaboraciones pues sinceramente pienso que «Pínfanos Digital» debe hacerse desde la participación, sí no de todos, de los más, como un verdadero vehículo de comunicación, sujeto a las únicas limitaciones que nosotros mismos nos imponemos: desde el más escrupuloso respeto a las personas, las ideas ajenas y las instituciones. «Pínfanos Digital» debe ser también, por qué no, nuestra pizarra de ideas, nuestro intercambiador de

conocimientos y emociones, de las que de estas últimas, como ahora dicen los más jóvenes, vamos “sobraos”.

Quién nos iba a decir, hace 40 o más años a muchos de nosotros, que al cabo de tanto tiempo íbamos a encontrarnos, vernos incluso, a través de esta ventana sobre la que ahora escribo. Ni siquiera nuestro fino olfato pinfanil, avezados maestros en la escuela de Lázaro de Tormes, siempre alerta a todo lo que se moviera, instinto que de nosotros copió sin duda el lince ibérico, nos ha podido advertir de nuestro encuentro en la red digital. Jamás sospechamos que habríamos de tener la oportunidad de estar y sentir tan juntos, tan próximos. Ello ha sido posible porque nos hemos dejado envolver por esta sutil red de comunicación inmediata, evanescente, fantástica.

Ella hace que cuando así lo deseamos, a un ligero toque de ratón, podamos colarnos en nuestra flamante web, bajo el no menos flamante aldabón de pinfanos.net que nos permite volver a entrar por la puerta de nuestros flamantes coles aunque ya no existan, aparecer con nuestro flamante trapillo a cuestras, fumarnos, aunque ya no se lleve, nuestra flamante “pava” en el servicio antes de irnos a la cama para, finalmente echarnos aquellas flamantes y succulentas “pensadas” antes de dormirnos sobre todo lo que fuese menester: el ataque de morriña empapado en lágrimas de los primeros días, el tan ansiado giro, la deuda al pipero, las carabancheleras, Dios, los colegas, “la vieja”, el pueblo, las vacaciones, el Willy, el Zupo o la salida frustrada del domingo. De pínfanos hemos pasado a ciberpínfanos.

Pero, no todo ha sido tan fácil para todos. No es tan fácil para todos.

Pienso en primer lugar en todos aquellos pínfanos que no son ciberpínfanos, que no pueden ser ciberpínfanos porque no saben o no pueden acceder a un ordenador, a la red o a ambas cosas a la vez. En aquellos que por su edad o condiciones tampoco pueden navegar y disfrutar de nuestra página. En aquellos también a los que la vida no les ha ido muy allá o ni siquiera algo allá. De ellos tenemos que ocuparnos y a ellos tiene que llegar nuestra ayuda material, nuestro ánimo y aliento, aunque sea en papel y mejor con nuestra presencia. Tal y como dicen nuestros estatutos, que no son otra cosa que nuestra pequeña constitución, dentro de la otra Constitución, la grande, la que nosotros escribimos siempre con mayúsculas.

En segundo lugar, porque todavía no estamos en 2050 y las cosas no surgen por generación espontánea, por sí solas, porque sí. Pienso en los que han sido los pioneros de esta fantástica idea, avanzados en generosidad, empeño, tiempo y esfuerzo y que casi de la nada, o literalmente de la nada han levantado la Asociación, nuestra web, nuestros estatutos, los inenarrables y estupendos días del Pínfano, los programas de trabajo y solidaridad de la Asociación, el recuerdo hecho bronce de nuestro paso y nuestra huella en las casas donde vivimos y allá donde —que inexplicablemente ocurre— nos dejan hacerlo. Todo, en definitiva, todo.

Ser ciberpínfanos es importante pero no tan importante como ser pínfanos, a secas. Lo que fuimos y lo que seguimos siendo desde que una mañana o una tarde cruzamos la puerta del colegio —¡qué hermosas verjas solían abrir nuestros colegios!—, entristecidos todavía por la muerte de nuestro padre. Jamás imaginamos entonces que íbamos a sumergirnos en las

historias personales más fantásticas jamás contadas. En una historia que nos había de dejar una huella indeleble en todos y cada uno de nosotros, en una historia que, afortunadamente todavía, continúa llena de complicidades, afectos, amistades y solidaridad.

En definitiva, ser Pínfano, a secas, es nuestro orgullo, quizá nuestro mayor orgullo personal, el que nos hacía enhiestos a las adversidades, mayores las nuestras que las de algunos y más pequeñas que las de otros muchos muchachos de nuestro tiempo, duros por lo general en el deporte —un 10 a Miguel Delibes— y en la vida, los primeros allí donde alguno de nosotros u otros lo necesitasen.

Un fuerte abrazo.

Deliberadamente no he usado el hoy día tan de moda pínfan@s o «pínfanos y Pínfanas», que no es otra cosa que una lamentable confusión entre sexo y género, ya que pretendo no maltratar aún más el castellano. Por supuesto, que los ciberpínfanos y los pínfanos de esta nota somos todos, los pínfanos y las pínfanas.

RECUERDOS DEL COLEGIO DE LAS MERCEDES

Autor: Tomás Gamero García

CAPÍTULO 1.- La entrada

Una mujer vestida de negro, joven todavía, y un niño pequeño con una maletita de ésas que llaman cabás, en la mano, subieron unas pequeñas escaleras que conducían a una puerta en la que se podía leer «Colegio de Las Mercedes». Hijas de la Caridad. La mujer tocó el timbre.

—Buenas noches, sor —saludó con voz muy queda.

—Buenas noches —contestó una religiosa con una cosa muy rara en la cabeza, al niño le pareció una gran caperuza muy tiesa—. Soy sor Rosario. Tú serás un nuevo alumno ¿no?, eres de los últimos en incorporarte. ¿Cómo te llamas? —El niño, asustado, se agarró a las rodillas de su madre llorando en silencio, mientras en un susurro decía:

—Me llamo Juan.

—Es muy pequeño —comentó la madre. No tiene ni cinco añitos.

—Y ¿cómo lo ingresa tan pronto? —preguntó la sor.

—Eché la solicitud creyendo que me lo cogerían a los siete años, pero me ha venido aprobada y me han dicho que si renuncio pierdo la plaza. Tengo otra hija

en el colegio M^a Cristina, pero ella es más mayorcita, tiene 11 años. La madre cogió en brazos al niño y empezó a caminar detrás de la monja. El pasillo le pareció un poco estrecho y mal iluminado (luego observó una bombilla fundida), pero por contra las paredes eran de color claro y el suelo relucía de puro brillo.

—Están en el comedor, cenando. Venga, venga. Cuanto antes entre, mejor. Y diciendo esto arrebató al niño de los brazos de su madre, tan deprisa, que a ésta no le dio ni tiempo a darle un beso. El cabás se cayó. Al momento la monja lo puso en las manos del niño que, para entonces ya lloraba desconsoladamente, casi a gritos.

—Váyase, váyase. Es mejor así. El quedarse no le hará ningún bien. Ni a Vd. ni a él. A Juan el comedor le pareció muy grande y las enormes mesas de mármol aún más. Alrededor de éstas había bancos de madera, con niños y niñas que comían algo parecido a una sopa. Sor Rosario le colocó en la esquina de un banco cerca de la puerta. En cuanto la monja se volvió, aprovechó para, con un movimiento brusco, echar a correr y, de un empujón, abrir las puertas abatibles, enfilando el estrecho pasillo.

—¡Cogedle, cogedle! —gritaba Sor Rosario a la vez que emprendía una veloz carrera detrás de él.

—¡Mamá, mamá! —gritaba el pequeño. De repente una puerta se abrió y de ella salió una monja menuda y regordeta.

—¡Sor Lucía, rápido! ¡Cójale!

En un plis, plas, Sor Lucía agarró por la cabeza a Juan. Éste, por mucho que tiraba no podía deshacerse de su contrincante y continuar su huida.

—Ven aquí, rapaz. Párate.

Al verse cazado, comenzó a patalear y gritar hasta que, viendo que no conseguiría sus propósitos, se tiró al suelo cuan largo era a la vez que movía brazos y piernas con todas sus fuerzas.

—Tiene una rabieta. Ya se le pasará — oyó decir a alguien.

CAPÍTULO 2.- La primera noche

Le despertó el sabor de las patatas cocidas que había cenado. Enteras, se las comió enteras. ¡Qué diferencia con las de casa! que su madre se las chafaba.

—Déjame que te las chafe con el tenedor, te las comerás mejor—. Y era verdad, estaban más blanditas y más sabrosas. Tenía mucho frío. Acurrucado como un caracol hacía lo posible por dormir. No podía. A través de aquella enorme persiana metálica entraba un helor que le impedía cerrar los ojos. La luz de las farolas de la calle y el movimiento de las hojas de los árboles formaban sombras extrañas que trataba de descifrar: ésta parece un perro, aquella tiene forma de mesa, una nube con forma de borreguito... Eso, podía contar borreguitos u ovejas o simplemente contar. No podía. Ahora el viento era más fuerte y silbaba a través de las rendijas de la gran puerta que daba al patio.

—¿Qué te pasa? —Oyó que le preguntaban. Se volvió. En la cama de al lado, divisó en la oscuridad un chico moreno y de grandes ojos que brillaban como los de un gato.

—¿Eres nuevo?, ¿no? Yo entré anteayer. Me llamo Andrés. Tengo seis años y soy de Sevilla.

—Yo me llamo Juan y vengo de Remolí, un pueblo de Toledo. En diciembre cumpliré los cinco. No quiero estar aquí. Me escaparé.

—No podrás. Está todo cerrado. Siempre vamos en fila y nos cuentan infinidad de veces. Nos cuidan unas chicas que nos obligan a ducharnos y lavarnos los dientes.

—¿Qué es eso? —dijo señalando mi cabás.

—¡Mi cabás! —exclamé dando un salto— ¡Creía que me lo habían quitado!— Lo abrió, rebuscó en su interior y sacó una bolsa de caramelos de menta, los que más le gustaban. Ofreció uno a Andrés que, de un manotazo, lo cogió, quitó el papel y se lo metió en la boca en menos que canta un gallo.

—¡Qué rico!... Pero, ¡guárdatelos! Que no te los quiten. Los mayores son unos abusones. Ya lo verás. — Con el sabor dulce del caramelo, Juan se durmió. Entre sueños oyó las tres, las cuatro, las cinco, las seis... y un poquito antes de que diesen las siete...

—¡Arriba, arriba! ¡Gandules! ¡A levantarse! —Casi todos se dieron la vuelta y se volvieron a arropar, en una actitud de ruego más que de desobediencia. Juan saltó de la cama medio dormido. Pegó un empujón a Andrés, éste se volvió protestando.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —preguntó Juan.

—Nos tenemos que lavar la cara y los dientes y peinarnos. Cogió el cabás y sacó una pastilla de jabón, pasta de dientes, el cepillo y el peine. Observó que los demás cogían su toalla. Él no tenía, pero al momento se acercó una chica —la misma que los había despertado— que le dejó un montón de ropa encima de su cama.

—Toma, tu número es el 77. Cuando vayas a casa que

te lo marquen todo.

—Volver a casa —pensó Juan. Si su madre apenas tenía para malcomer. ¿Cómo le iba a sacar siquiera de fin de semana?

Una voz le apartó de sus pensamientos.

—¡Venga, venga!, ¡A lavarte! ¡Qué llegas tarde al desayuno!

El agua estaba muy fría. Se lavó, tal y como le dijo Andrés, las manos, cara, orejas y se mojó el pelo, que peinó con rabia. La cuidadora no se apartó de él hasta que acabó.

CAPÍTULO 3.- El Papa

El desayuno consistía en leche, con mucha nata —gorda y pastosa— y galletas. Juan no se lo pudo acabar pues la nata le daba arcadas, a punto estuvo de vomitar. No comió nada. A media mañana les dieron un trozo de pan y chocolate. Esto ya le gustó más.

—Si pones el chocolate en el radiador se derrite y sabe más bueno— le dijo Andrés. Y era verdad. ¡Estaba exquisito!, ¡qué suerte poder compartir las cosas con alguien! Los niños se habían vuelto inseparables y eso que no tenían nada en común. Juan era alto, desgarbado, muy tímido. Andrés lo contrario, bajito, una flecha para todo y con una alegría propia de los andaluces. Al principio Juan creyó que era por los caramelos, pero cuando éstos se acabaron, Andrés siguió a su lado como si de hermanos se tratara. Les unía una especie de afecto mezcla de desilusión y soledad. Eran huérfanos. Ya se encargaban las buenas madres de recordárselo cada dos por tres:

—Lo hacemos por vuestro bien —les decían—. Si vuestros padres vivieran estarían orgullosos de vosotros. Y pensad el sacrificio tan grande que las mamás hacen al apartaros de ellas y traer os al colegio para que os hagáis hombres de provecho—. Andrés no sé lo que pensaba —no se lo pregunté nunca—. A mí se me helaba el corazón y no lloraba de pura vergüenza. Ya estábamos acostados. No nos quitábamos el jersey para paliar un poco el frío que teníamos, y más por la noche que bajaban la calefacción. Serían las cinco de la madrugada.

—¡Levantaos! ¡Pronto, pronto! ¡Se ha muerto el Papa! Sor Rosario corría arriba y abajo por el dormitorio echando las colchas para atrás. ¡Venga, venga! Medio dormidos, y algunos dormidos del todo, hicimos además de coger las toallas, pero Sor Rosario nos dijo que no hacía falta que nos lavásemos.

—¡Todos a la tele! ¡Todos a la tele! Agolpándonos unos tras los otros y sin entender mucho qué pasaba y el porqué de tantas prisas nos sentamos en la sala de la TV. Tanto frío hacía que el vapor salía de nuestras bocas al respirar.

—¡Mirad, mirad! ¡El Papa! ¡ha muerto!— gritaba casi llorando Sor Rosario. Con cara de bobos miramos la pantalla que nos ofrecía la imagen de una persona que sería la del Papa pero que no conocíamos de nada, con unas túnicas muy largas. Me llamó la atención su gran nariz y el gorro puntiagudo —enorme— que tenía en la cabeza. Rezamos un rosario y nos volvimos a la cama.

CAPÍTULO 4.-Vacaciones de Navidad

Carta de mi madre. Yo ya sabía leer y escribir, así que

tendría sobre los siete años. "Estas Navidades las tendrás que pasar en el colegio, pues no te puedo traer a casa". Ya no lloré. No valía la pena. Otras vacaciones más sin salir a casa. No lloré pero sí rompí la carta en mil pedazos, de rabia. Para colmo nos habían puesto trabajo de Religión y quería salir para poder conseguir algo de material. Me había empeñado en llevarme algún premio y así hacer méritos para que mi madre me sacara algún fin de semana. ¡Cómo si de ella dependiera! Andrés y yo, con mucho tiempo libre, nos las ingeniábamos para pasarlo lo mejor posible. Recorriamos todos los rincones del cole, sobre todo los prohibidos. Bajábamos al sótano —que no se podía—, era inmenso.

Allí estaba la lavandería, con grandes máquinas, las calderas también eran enormes y ruidosas y lo que más nos gustaba era el almacén dónde guardaban los alimentos. Jamás nos comimos nada, excepto la leche en polvo ¡qué rica estaba! en esos grandes bidones. Los vacíos los utilizábamos para escondernos e incluso rodar dentro de ellos. Había chicas que planchaban. Nos las ingeniábamos para que nos diesen chocolate y caramelos. Las más cariñosas nos abrazaban y nos besaban diciendo que nos parecíamos a su hermano pequeño o a algún sobrino. ¡A nosotros nos encantaban estas efusiones de afecto! Allí fue donde encontré los dibujos ¡eran muy bonitos!, ¡y justo lo que buscaba! Había todo tipo de ángeles, pero uno en especial que ya lo veía en la portada de mi trabajo.

—Deja eso que nos la cargamos— me dijo Andrés —. ¡Pero si están en la basura! Cuando me lo calque los volveré a dejar aquí. Pero se me olvidó devolverlos a su sitio, se quedaron en el pupitre de clase. Ni me volví

a acordar de la libreta... Cuando empezamos de nuevo las clases tuve la mala suerte de que, al pasar Sor Rosario cerca de mi sitio, la libreta cayó al suelo. La cogió y extrañada comentó: ¡Mi libreta!, ¿dónde la has encontrado?, ¿no me la habrás quitado? Me quedé de piedra, tan de piedra que no pude articular palabra. Me puse tan nervioso que comencé a tartamudear y solo pude decir: Andrés, explícale tú lo que ha pasado. Y Andrés, con su desparpajo habitual contó con pelos y señales lo que había pasado, recalcando muchas veces que nos la habíamos encontrado en la basura. No se si Sor Rosario le creyó, pero cogió la libreta y no dijo ni pío. Y yo allí de pie, mudo y con cara de tonto. Presenté el trabajo. Quedé en segundo lugar. El primer premio fue para una niña —a mí me pareció una cursi— que había salido de vacaciones a casa, y por tanto, tuvo ventaja a la hora de hacerlo.

—No es justo— Le dije a Andrés. Me he esforzado mucho más que ella y con menos medios.

—¡Qué más da! ¡Si el premio no valía nada! Total una caja de pinturas...

—Ya , ya, pensé yo... Con lo bien que me hubiesen venido...

—Venga, vamos a jugar con el Mecano.

¡El Mecano! ¡Mi primer juguete importante! En Navidades, los que no íbamos a casa, no lo pasábamos mal. Quitando que no veíamos a la familia, las monjitas intentaban hacernos las vacaciones más llevaderas. Comíamos algo mejor. Al ser menos estaban más pendientes de nosotros, hasta nos hacían escribir la carta a los Reyes. Yo pedí un mecano y unos libros —los libros eran una recomendación muy especial de ellas—. Nos sacaron una tarde a pasear por el

Centro. Nos llevaron al cine, vimos una de un romano muy forzudo ¿Espartaco?, que ayudaba a todo el mundo. Creo que también salía Jesús, de mayor. Después echamos la carta en un buzón que había al lado de un sillón muy grande, pero me llevé una decepción, pues allí no había ningún rey, igual al vernos con el uniforme se asustó y se fue... ¡í de Enero! ¡Los Reyes! La noche anterior habíamos dejado los zapatos con nuestros nombres en una de las clases que, durante las vacaciones, era sala de recreo. Después del desayuno se presentó un militar, que a mí me pareció imponente, —de mayor seré militar— le comenté a Andrés. Uno a uno nos fue nombrando y entregando los regalos. ¡Un mecano! ...y dos libros de Salgari. Lo cuidaba como el mayor de mis tesoros. A Andrés le dejaba jugar pero constantemente estaba repitiendo que tuviera mucho cuidado... a veces se enfadaba—menuda perra tienes con tu mecano—. Estuvo por casa durante algún tiempo, hasta que en una de las muchas mudanzas lo perdí o mi madre lo tiró... vete tú a saber.

CAPÍTULO 5.- El Domund

El día del Domund nos mandaban a postular por el barrio. Todos queríamos ir, así por lo menos veías la calle. —Solo podéis ir hasta la casa del médico— nos recalcan una y otra vez.

—Si nos la conocemos muy bien— pensaba yo. La casa daba a las traseras del solar —nuestro patio de juegos—, por tanto cada vez que dábamos un patadón al balón y se nos encalaba teníamos que ir a por él, pues por mucho que chillásemos ¡el balón!, ¡el balón!, nadie nos lo devolvía. Nos turnábamos para salir a

buscarlo, ya que lo teníamos completamente prohibido, pero nos saltábamos la regla. Salíamos a la calle, dábamos la vuelta a la manzana, muy despacito, como saboreando ese momento de libertad y llamábamos al timbre de la casa. De ella salía una chica con uniforme, que, con muy mal genio, nos devolvía el balón. —Ha dicho mi señora que es la última vez que os lo devuelve, que la próxima se lo quedará para ella, que tengáis más cuidado y que deis las gracias a su marido que es el que dice que os lo devuelva, que si por ella fuera, no lo haría...— A veces lo tirábamos aposta para poder salir y dar esa vueltecita que a nosotros nos parecía la mayor libertad del mundo.

—¡Que he recaudado más que tú!, me gritó un compañero a la vez que con la hucha me daba un golpe en la boca. Vi rayos, estrellas y todos los planetas. ¡Qué manera de dolerme los dientes!... Pero lo peor fue que al mirarme en el espejo vi horrorizado que me había partido uno de los de delante. Estuve unos cuantos días sin poder comer. No me lo he arreglado y creo que no me lo arreglaré nunca. Con los años se han ido igualando, pero todavía se ve uno más pequeño que el otro. Con el buen tiempo nos llevaban a un solar anexo, muy grande, que no sé quién hacia el favor de dejárselo a las monjas para que pudiésemos jugar. Había muchos árboles.

Cuando hacía calor en vez de jugar al fútbol, Andrés y yo nos entreteníamos en coger orugas, no nos daban ningún miedo y eso que decían que si las tocábamos nos picaban las manos y nos salían ronchas, pues a nosotros no. Con sus pinchitos eran unos bichos bastantes feos pero a nosotros nos parecían preciosas. Las poníamos en fila, pasaban por debajo de puentes hechos con piedras... se nos asemejaban a un ejército

haciendo instrucción.

También cogimos un gorrión —se caería de algún nido—. Lo escondimos en el váter. Le llevábamos miguitas de pan y agua. Nos poníamos un trocito en la lengua y el animalillo ni atinaba, era muy pequeño. Dentro de nuestra ingenuidad pensábamos que se haría grande y le echaríamos a volar desde la terraza y volvería a ser libre. Se murió a la semana siguiente.

CAPÍTULO 6.- La Tómbola

Creo que era la fiesta de la Inmaculada. Las monjitas la celebraban por todo lo alto, nos dijeron que tendríamos una gran sorpresa. Nos encontrábamos en la terraza del primer piso, dónde subíamos algunas veces a ver un poquito de calle y los coches. Andrés y yo estábamos acostumbrados a vagar por los pasillo sin que nadie nos vigilara. Subíamos y bajábamos, entrábamos y salíamos... Si oíamos algún ruido sospechoso nos escondíamos en los sitios más inverosímiles. Con el tiempo nos convertimos en expertos del camuflaje. Recorríamos los dormitorios, el de los mayores estaba en el primer piso —era enorme—; en el segundo piso estaba el de las niñas, a ese no entrábamos... ni a ése ni a una puerta que para nosotros era secreta e inaccesible: la de la Comunidad de las monjas.

Yo entré una sola vez en todo el tiempo que estuve allí y fue porque me puse enfermo y sor Rosario me metió a ponerme el termómetro. A las monjas estaba prohibido verlas comer, rezar... cuando íbamos de excursión me llamaba mucho la atención que, para comer se ponían delante una sábana que nos impedía

verlas comer y lo que comían... circulaba el chismoreo de que comían muy bien, incluso que bebían vino. Oímos unos golpes que procedían del solar contiguo. Me asomé —¡Caballitos! ¡Caballitos! ¡Están montando unos caballitos! ¿Serán gratis? —No lo sé. De todas maneras no pienso pagar— contestó Andrés. Montaron los caballitos, una noria y una tómbola. Todos esperábamos con nerviosismo que llegara ese día. —No os va costar nada —nos dijo Sor Rosario. Os daremos unos vales como si fuesen dinero y os los gastáis como queráis. Nos montamos no sé cuántas veces en todo. Cuando las encargadas de poner en marcha las atracciones (todas eran chicas) se daban la vuelta, nos subíamos de un salto. Al ir todos vestidos igual, no prestaban atención de quienes éramos.

—Voy a echar a la tómbola —le comenté a Andrés.

—Prefiero seguir montándome en cosas —Ve tú.

Compré algunos boletos. No me tocó nada, pero en uno de ellos había un número valedero para un sorteo especial que se haría al final del día. La hora llegó. Sacaron tres números para tres regalos gordos. Nada. —¡Y ahora el regalo estrella! ¡Una estupenda túrmix! Ya me alejaba de la gente, pues no sabía qué demonios podía ser aquella cosa. De repente miré el boleto y comprobé, asombrado, que coincidía con el número que acababan de sacar.

—¡Aquí, aquí! ¡Lo tengo yo! ¡Yo! Me hicieron subir al mostrador de la tómbola, me entregaron una caja y ese día recibí uno de los mayores aplausos de mi vida. Con la caja en alto —como si de un trofeo se tratara— la gente comenzó a aplaudirme y a gritar ¡bravo! ¡bravo! No entendía nada. Sor Rosario me recogió el regalo y dijo que me lo guardaría hasta que fuese a casa y se lo

llevara a mi madre. Al día siguiente después de clase, volví a entrar a por unas pinturas que necesitaba. No había nadie. Miré a la ventana, encima de una especie de poyete que tenía iestaba la túrmix! Me acerqué, la saqué de la caja, busqué un enchufe y la puse en marcha. Aquello empezó a crujir como si se rompiesen todos los cristales del mundo. Me di un buen susto. Miré y vi que la parte de arriba que era de cristal estaba hecha añicos. En un momento guardé todo en la caja y la volví a su lugar. Todos los días rezaba para que a Sor Rosario no se le ocurriera enseñarla. Alguien me escuchó. Al llegar el día que me iba de vacaciones:

—Madre, ¿Puedo coger el regalo que me tocó en la tómbola y llevármelo a casa?— Me dijo que sí. ¡Estaba salvado! Lo que no había pensado es en lo que le iba a decir a mi madre cuando la viese rota. Al bajar del tren...

—¡Qué bonita es! ¡A ver, a ver! Cuando se dio cuenta de que estaba rota solamente dijo:

—Habrá sido de un golpe en el viaje. No pasa nada. A lo mejor alguna vecina tiene una igual y me deja la parte de arriba para hacer mayonesa.... ¡Lo que no se les ocurra a las madres...!

CAPÍTULO 7. - Paperas y Primera Comunión

La Primera Comunión se hacía a los siete años. Como era bastante alto y me sabía el catecismo Sor Rosario habló con mi madre y convinieron en que la haría a los seis. Así que coincidí con Andrés mientras nos preparábamos. En clase hacíamos competiciones de Catecismo. Primero Sor Rosario nos preguntaba y nos iba

eliminando hasta que quedábamos cinco. Entre nosotros nos preguntábamos y nos íbamos eliminando. En una de éstas quedamos finalistas Andrés y yo. Hice todo lo posible porque así fuera —le soplé unas cuantas respuestas—. Él se lo estaba pasando en grande, pues su fuerte no era precisamente el estudio. Al pasar a su lado le susurré:

—Como me ganes te parto la cabeza—. Sin darle la mayor importancia comenzó a silbar y a reírse.

Empezaron las preguntas. La primera y segunda ronda terminamos empatados. A la tercera le hice una pregunta un poco complicada, pero se la supo. Contraatacó con una difícilísima —se la contesté bien—. Yo ya me estaba cansando, así que en una de aquellas me despisté y fallé.

¡Ganador y fajín de honor! Andrés Rubio. No volvimos a hablar del asunto.

Pasados unos días:

—Fallaste aposta —me dijo Andrés— Eres idiota o qué —contesté— Tú has ganado con todo merecimiento. La última pregunta no me la sabía. Aunque el colegio tenía una pequeña capilla, la Comunción la hacíamos en una Iglesia contigua a la casa del médico. Allí ensayábamos lo que teníamos que hacer ese día. Una mañana, no había desayunado nada —como casi siempre—, la nata de la leche era superior a mis fuerzas y las galletas no me entraban secas. —Te toca, Juan— me dijo Sor Rosario. No oí más. Se me nubló la vista y caí al suelo redondo como un tronco. Me desperté en la enfermería.

—Tienes mucha fiebre —comentó Sor Asunción, la madre enfermera— Llamaremos al médico—. Al cabo de un rato apareció un ser menudo, encorvado y con

un traje lleno de lamparones. Olía a tabaco. Me auscultó y después de un momento pensando dijo: —Este chico tiene paperas.

Se estaba bien en la enfermería. No había ningún enfermo más, así que Sor Asunción —que me conocía de darme clases de Lengua— me daba todo lo que le pedía.

—Quíteme un rato estas cataplasmas. Me pican muchísimo.

—Pero por poco rato. Ya sabes que te tienes que poner bueno para poder hacer la Comunión. Ya verás lo guapo que vas a estar con tu uniforme de marinero.

—Yo quiero ir de Almirante, Madre.

—Déjate de bobadas. El traje de marinero es más bonito, el de almirante con todos esos colgajos pesa mucho. Y se quedaba tan ancha, y además me convencía. Por las mañanas cuando me traía la leche le decía muy despacito:

—Madre, podría quitarla nata. No me gusta. Me dan arcadas.

—Arcadas, arcadas, eres un caprichoso. Bueno, te la quitaré. Y me traía la leche más limpia que había visto jamás. ¡Lo rica que estaba! ¿Por qué no nos la darían así en el comedor? Mi madre vino a verme toda nerviosa y preocupada por si no me curaba a tiempo. Sor Asunción la tranquilizó y le comentó —entre risas— que era un niño muy mimado, pero fuerte como un roble.

También aprovechó para preguntar las cosas que necesitaba para el día de la Primera Comunión.

—No se preocupe, se lo damos todo. Bueno, el traje lo tiene que devolver, se lo puede llevar a casa para las fotos... ¡Y cuidado con mancharlo! Cuando la Madre

salió un momentito de la enfermería, la mía aprovechó para sacarme unos cuantos plátanos —estaba totalmente prohibido traernos comida—.

—Venga, comételo deprisa, no vaya a venir. Y yo me los comía hasta que me atragantaba. ¡Me sabían a gloria bendita!

Y llegó el gran día. Nos llevaron al dormitorio de los mayores. Encima de cada cama teníamos todo lo necesario para vestirnos. Inmaculadamente limpio: ropa interior, calcetines... los zapatos me venían un poco grandes y Sor Rosario lo arregló poniéndome algodones, como podía andaba intentando no tropezarme. También el rosario y el misal, pero eso creo que nos lo compraban nuestras madres. La ceremonia fue muy bonita. El yo renunció... todavía tengo fotos con Andrés —nos pusieron de pareja— y algunas del convite.

—¡Banquete, banquete!, nos van a dar un banquete, comentábamos entusiasmados... bollos, chocolate, bocadillos... que, acostumbrados a la comida diaria, nos pareció un gran banquete. ¡Ah! ¡La leche no tenía nata! Mi madre me regaló un reloj, a mi me pareció precioso, pero más que nada la importancia de que ya era mayor para llevar reloj. Mi madre no me quiso comprar ninguno hasta que no hiciera la comunión. Era un Festina, redondo, con los números muy grandes.

—Es de cadete. Cuídalo. No lo pierdas, que no te lo quiten, no se lo dejes a nadie... Me ha costado muchos sacrificios comprártelo. Y no lo perdí... aún lo conservo como oro en paño.

CAPÍTULO 8.- Salimos a comprar

Como premio, a los más aplicados, la Madre Superiora nos llevaba a comprar con ella. Íbamos al centro. Yo no conocía el metro. Me pareció una cueva hondísima, húmeda y fría. No me gustó. La Superiora me llevaba de la mano y me preguntaba cosas, haciendo que, poco a poco, estuviera más tranquilo. Me causaba mucho respeto, bueno a mí y a todos. Pero intentaba hacerlo lo mejor que podía. Me apabulló tanto coche. La ciudad me pareció negra y triste, como llena de niebla. Los coches todos de color negro, menos algunos que llevaban una franja roja. Sí que me gustaron los autobuses, sobre todo los de dos pisos, además la madre me dejó subirme solo arriba y fue maravilloso. Fuimos a unos grandes almacenes a comprar ropa para los niños y niñas del cole. Nos atendían con mucha amabilidad. Después fuimos a una zapatería grandísima y allí me probé muchas botas "Gorilas", que era las que mi madre siempre me quería comprar pero no podía. Comimos unos bocadillos sentados en una terraza, el mío —grandísimo— era de calamares, de beber una zarzaparrilla. ¡Qué bueno me supo todo!

—¿Qué quieres de postre?— Los ojos se me fueron a los helados.

—Tómame el que quieras—. Pedí uno de chocolate, que no olvidaré jamás —era enorme— y para que me durará más me lo fui comiendo muy despacito.

—Límpiate que nos vamos.

Parecía un porteador de esos que salen en las películas de la selva, todo lleno de paquetes. Pero no me importaba ni me pesaban. Me lo había pasado tan bien

que cuando llegamos al colegio —en un exceso de confianza— le dije:

—Madre, cuando quiera me vuelve a sacar otro día.

—No hijo, no podrá ser. Cada vez os toca a uno distinto. Adiós y gracias... y me metió unos cuantos caramelos en el bolsillo.

CAPÍTULO 9.- Decisión irrevocable

Ya tenía nueve años y estaba preparándome para el examen de ingreso, me sabía bastante bien la Enciclopedia, así que creía que me dejarían presentar. Andrés se presentaba y yo quería hacerlo también. Habíamos planeado hacer Bachiller en la misma ciudad, en otro Colegio que tenían los militares dónde se hacía hasta 4^o y Reválida y nos habían dicho que se podía salir sin autorización.

—Es muy pequeño— dijo mi madre a Sor Rosario.

—Pues, si Vd. quiere, le dejamos un año más, total como cumple los años en diciembre, no se nota tanto.

—De acuerdo. Lo que Vds. digan—. A mí me fastidiaron bien. Yo quería hacer el examen. No es que estuviera mal en el cole, pero ya me apetecía salir todos los fines de semana y sobre todo lo de fumar me atraía mucho. Fui a hablar con la Madre Superiora. Era extraño, pero no estaba nada nervioso. Se lo expliqué todo. No había solución. Ya habían decidido, con el beneplácito de mi madre, que me quedara un año más, y que en vez de hacer el Bachiller en la misma ciudad, me iría a Galicia, donde las Madres tenían otro colegio y así no cambiaba de monjas. Me puse furioso. No quería ni estarme un año más allí, ni irme tan lejos.

No había nada que hacer. Estuve unos cuantos días enfadado. Tanto es así que Sor Rosario me tuvo que llamar la atención por mi mal comportamiento.

—Juan. ¿Qué te pasa? Estás muy alterado. No te sienta nada bien hacerte mayor. Lo hacía aposta. Imaginaba que al portarme mal ya no me querrían allí, pero nada. Y llegó el verano. Me olvidaría de todo y me dedicaría a pasármelo bien.

CAPÍTULO 10.- Afectos

Era por la tarde. Las clases ya se habían acabado y había chicas —las asistentas las llamaban— que se hacían cargo de la limpieza. Entré en la clase como si fuera un torete, corriendo y con la cabeza gacha... tenía prisa porque me había dejado olvidadas las pinturas. Me tropecé, el golpe fue bastante fuerte. Al levantar la cabeza vi a una chica rubia con un lunar en la boca, como dice la canción.

—Me has hecho daño.

—Perdona. Iba despistado. Tengo que coger unas cosas antes de que cierres. Entonces empezó a preguntarme que de dónde era, que a qué curso iba...

—Te pareces mucho a mi sobrino (eso ya lo había oído decir en otro sitio). Me agarró de la cabeza y me dio dos besos, uno en cada mejilla, que aún hoy me dejan patidifuso. La busqué otras tardes. Pregunté por ella a Sor Rosario.

—Se ha ido al pueblo a cuidar a su madre. ¿Por qué?

—Por nada, es que alguna vez me daba caramelos.

Durante días sentía una sensación muy rara... de afecto.... me acordaba de mi hermana que hacía un

montón de tiempo que no veía.

CAPÍTULO 11.- Castigos ejemplares

Ya dormíamos en el dormitorio del primer piso. Era grandísimo. Al irse mi curso, empezó una etapa en la que apenas conocía a nadie, así que me dio por escuchar la radio. Me habían regalado una pequeñita y estaba todo el tiempo escuchándola. De vez en cuando se acercaba algún compañero y hablábamos. Sobre todo me preguntaban cosas del colegio —como yo era el mayor—. Me hice más observador, meditaba todas mis decisiones, reflexionaba mucho... así que desarrollé una vida interior que luego me ha hecho ser sumamente introvertido. Nos tocaba bajar y subir muchas veces al cabo del día. Una mañana ya estábamos en fila. Después de un inicio de bajada hubo un parón —cosa rara, pues las filas eran extremadamente rígidas—. Continué bajando y, al llegar al descansillo me encontré a alguien con una sábana puesta encima (como los fantasmas). La sábana tenía una gran mancha amarilla.

—¡Se ha meado! —comentaban algunos. Pasé a su lado. No sabía ni supe quién era. En ese momento me entró una rabia infinita, pero no hice nada. Además, luego me enteré que el compañero tenía problemas para orinar.

En clase —con Sor Rosario sí que tenía algo de confianza— pregunté:

—¿Por qué le han hecho eso?

—Cuando se hacen cosas que no se deben hay que poner un castigo.

—No lo entiendo ni lo entenderé. Pero todavía era un niño.

—Ya lo entenderás cuando seas mayor —me dijo Sor Rosario. Pero nunca lo entendí.

CAPÍTULO 12.- La muerte de mi abuela

Al llegar nuevos al pueblo, mi madre realquiló una habitación de esas con derecho a cocina. En la casa vivían una señora —que después la llamaría tía—, viuda también, y su madre muy mayor. Mi madre, por ayudar en la casa, poco a poco se fue haciendo cargo de ella, la cuidaba, lavaba... y a mí me fue tomando cariño. No conocí a ninguno de mis "verdaderos" abuelos. A la que me agenció la llegué a querer como si hubiese sido la mía. Me quería mucho. Me llamaba "su Juanillo" y de cuando en cuando me daba alguna perra para golosinas. Íbamos a pasear, cuando podía, pues se fue deteriorando rápidamente. Ya no se levantaba. Si quería algo empezaba a gritar mi nombre hasta que aparecía y se trataba de cualquier tontería... Me contaba cuentos muy tiernos y era muy bondadosa.

Un día me llamo la Madre Superiora. —Tengo que darte una mala noticia. Tu abuela ha muerto—. Me entró de todo. Yo no sabía lo que era morirse un familiar. Ni a mi padre —al que ni siquiera conocí— pues murió siendo yo muy pequeño. Vinieron mi madre y mi tía. Me abalancé hacia ellas y me puse a llorar. Ha sido la primera vez que he llorado de sentimiento por alguien.

CAPÍTULO 13.- El Reencuentro

Me aburría soberanamente. Era el mayor de la clase y todos mis amigos ya se habían ido a otro Colegio. Me enteré de que Andrés estaba haciendo Bachiller en la misma ciudad. Me acordaba de él y de los buenos ratos que pasamos juntos. Pero ya no estaba y me tenía que buscar la vida por mi cuenta. Me sabía casi todo lo que dábamos en clase, así que allí también me aburría. Sor Rosario ya no me hacía mucho caso, pues bastante tenía con los otros. De vez en cuando me cogía aparte y me decía que tenía que dar ejemplo, pues era el mayor de la clase y los demás se fijaban mucho en lo que yo hacía. Me aficioné a la lectura. Me pasaba los recreos en clase, leyendo. Todo lo que caía en mis manos: El ABC, cuentos, libros, tebeos. Un sábado vino a sacarme de fin de semana una amiga de mi madre que vivía cerca. Me alegré lo indecible. Por lo menos hablaría con otra gente. Me llevó a ver "Tómbola" y cenar un bocadillo. Lo pasé como nunca. El domingo por la tarde ya me estaba entrando el cosquilleo de tener que volver al colegio.

Alguien llamó a la puerta. Oí voces, una de un chico. —Pasad, pasad—. Mis ojos no daba crédito a lo que veían.

—¡Andrés! ¿Qué haces tú aquí?

—¿Y tú? ¡Qué alegría! Nos dimos un fuerte abrazo.

—Soy hijo de la amiga de la amiga de tu madre.

Me la presentó. Había venido a verle desde su tierra. Él también estaba un poco con el cosquilleo, pues se acababa lo bueno y tenía que volver al colegio —como yo—. Hablamos de muchísimas cosas, nos reímos de las travesuras que hacíamos cuando éramos pequeños.

Nos contamos cómo nos iba la vida... Como él tenía más facilidad para salir, aún vino a verme algún domingo. Más tarde me enteré de que su madre había muerto y se fue a vivir a Cataluña con unos tíos suyos. No he vuelto a saber más de él.

CAPÍTULO 14.- Visita de Cortesía

Y llegó el día del examen de Ingreso. Lo hacíamos por libre, en un Instituto —me pareció grandísimo—, las paredes estaban húmedas y los bancos y las sillas eran alargados. Nos pusieron muy separados unos de otros. No veías nada. Estaba nervioso. Me habían dicho que para aprobar sólo podías tener tres faltas en el dictado y tener bien la división. Nos hizo el dictado una señora muy mayor, que chillaba mucho. No aceptaba repetir ni una palabra. Después hicimos las matemáticas. Comimos en el patio. Por la tarde era la segunda parte. Ante cuatro personas, contestabas a preguntas de todo tipo. Cuando salí y comprobé que tenía bien la división, respiré tranquilo. ¡Aprobé! ¡menuda alegría! Llamé enseguida a mi madre y se lo dije. Ese día, y como un regalo a todos los que nos examinamos, nos dejaron llamar a casa.

Volví al colegio al año siguiente. Las monjas me recibieron con mucha alegría. Les enseñé las notas de bachiller y se pusieron muy contentas. Pero tuve una pena. A Sor Rosario la habían destinado a Roma. Mientras tanto mi madre estaba feliz y no paraba de dar las gracias a todas. La Madre Superiora también me recibió. Sin alegrías. Me limité a besar su crucifijo. Dándome un papel me dijo:

—¿Me puedes escribir la Editorial del Diccionario de

Lengua Española que habéis tenido en este curso? Se lo escribí.

Me acordaré toda la vida: BOSCH.

MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO

Autor: Ramón Faro Cajal

CAPITULO I A MODO DE INTRODUCCIÓN

Higinio Zardoya Tardón era huérfano. Era ese ser que a veces nos encontramos en la vida y que transpira orfandad por todas partes. Tenía tipo de huérfano, cara de huérfano y sobre todo mirada de huérfano. Cuando se cruzaba con alguien por la calle, la gente comentaba "mira un huérfano".

Higinio había vivido muy tranquilamente sus primeros 16 años. Su padre, teniente de Intendencia de la escala auxiliar, desde sus tiempos de sargento había desarrollado sus funciones en el Grupo Regional número 1 de Madrid, antigua Agrupación Divisionaria de Intendencia y más concretamente en la panadería.

Higinio aquella mañana había salido más o menos contento al instituto llevando las matemáticas más que flojillas en espera de su examen de reválida de sexto, para acabar con su bachiller.

En pleno examen el catedrático, con cara de circunspecto, le dijo que se fuera para casa que había ocurrido una desgracia.

Su padre murió en el camión que llevaba el pan del

grupo a los distintos cuarteles.

Con el accidente, Higinio cambió.

En el instituto, aunque el examen fue un desastre, le aprobaron el bachiller y a nivel oficial a su padre no le dieron la muerte en acto de servicio, pues el que fuera en el camión fue debido a que aprovechó que el vehículo pasaba cerca del Ayuntamiento, donde debía de ir a resolver asuntos personales.

A Higinio se le quedó el porte triste, del hombre que ha sufrido una desgracia y que cuando hablas con él por primera vez, en la frase de inicio de conversación, te suelta a modo de excusa "es que soy huérfano".

Son esos tíos que, en mitad de una frase, es como si tuvieran un flash retrospectivo y pasan de una expresión afable y risueña a ponérsele unos ojos de carnero y la boca arqueada hacia abajo. Lo dicho, ponen cara de huérfano.

De este ser anodino, triste, espeso, aburrido y mortalmente negativo no vamos a hablar, vamos a relatar su segunda transformación, vamos a partir del momento de su vida en el que se entera que ser huérfano no es una desgracia ¡ES UN DELITO! y que a su madre no se le llama mamá, se le llama "la viuda".

De que aparte de apellidarse Zardoya Tardón, también se apellida piedra pero... ¡ASI DE GORDA!

De que Ramón Angulo aunque también se apellida piedra, no es familiar suyo.

De que a partir de un momento de su vida habrá de compartir los cigarrillos con otras bocas sedientas de humo y que una colilla es una "pava" respetabilísima, que en su momento será la envidia de alguien.

De que las señoras se visten con cualquier trapito y

tú con un trapillo.

De que un "virus" no es un bicho pequeñajo.

De que te van a dar un número para toda la vida y de que el siete dieciséis no ingresó aunque tenía enchufe.

De que el «aspirino» es un ser que cuando te ataca llamándote huérfano, has de contestarle que «para la mierda de padres que tienen algunos...».

De que la quiniela que va a rellenar no tiene premio, ni catorce resultados.

De que hay un «papel para el pecho» y este último no coincide con la anatomía que él conoce.

Así, poco a poco, a base de pequeños cuentecillos, anécdotas y demás vicisitudes, haremos de este Zardoya «Piedra» su transformación de ese personaje que abandonamos al principio de estas líneas y haremos que se convierta en ese individuo que no necesita de descripciones ni de definición, pues la misma palabra denota un ser de unas características tales que muy bien puede aparecer en la historia como el descubridor de la máquina de pelar langostinos o el hombre que terminó con el hambre de los «matongos» porque montó una fábrica de «papel para el pecho», o también puede ser que terminase como representante de los presos de Carabanchel. En fin, un hombre llamado a ser líder. Y como resumen ese hombre se va a transformar de huérfano a ¡PINFANO!

¡Dios mío! solo de escribir la palabra un escalofrío me ha recorrido la espalda.

¿Qué es un pínfano?, casi nada. Pínfano soy yo.

Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así:

Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, que con la transformación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, visión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase "en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una pava".

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear de los pocos que quedarían con vida sobre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposible matarlos a todos) algún gallego (están en todos los sitios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel muy poco permeable y resistente a las radiaciones que se fue creando gracias al jabón Lagarto que utilizaban en la ducha semanal.

Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento armado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a dietas escasas y prolongadas (de eso si que sabemos un rato largo). Su capacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamente, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla, sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una pensada capaz de recorrer los más extraños vericuetos que dejarían chica la imaginación de Julio Verne.

Si a todo esto le ponemos su protección auxiliar de un trapillo usado, con sus correspondientes capas de tiza, sudor, grasilla y polvo, tenemos al pínfano poco menos que inmortal. Prototipo de protección de la

guerra ABQ (Atómica, Bacteriológica, y Química. Esto lo aclaro para los que no ingresaron... ¡pobrecillos!) y modelo de supervivencia.

De todas formas, la historia nos demuestra que en todas las grandes obras o hechos de la humanidad hubo un pínfano.

En la cuevas de Altamira he visto dibujado a un hombre que ha matado a un mamut. Debajo tiene apuntado un número ¿qué ha de ser más que el número del CHOE?

De Heráclito «el carabanchelero» dice la Historia que se vestía solo con harapos y que se lavaba una vez al mes ¿qué prueba más fehaciente de su condición?

César al cruzar el Rubicón dijo: *Vini, vidi, vinci*, que traducido dice:

«El vino emborracha a veces». ¿A quién se le puede ocurrir tamaña reflexión que no sea a un pínfano de pro?

Volviendo a nuestro Zardoya y a modo de introducción, lo situamos en la puerta del colegio de Santa Bárbara, dispuesto a vivir intensamente su metamorfosis y haciendo válida esa frase maravillosa del himno de la Legión que parece escrita por un pínfano:

*«... cada uno será lo que quiera
nada importa su vida anterior...»*

Higinio Zardoya Tardón nº 1232 primer dormitorio cuarta sección. Quizás durante las historietas alguien se vea reflejado en ellas y piense en la casualidad. Ha de saber que han sido pensadas, reflexionadas y transcritas de forma directa y totalmente intencionadas para máximo regocijo del lector.

O sea, que cualquier parecido con la realidad es totalmente coincidente y a los personajes ni se les ha cambiado el nombre, ni el mote, ni el número...

¡Faltaría más!

¡Ah! Reclamaciones al maestro armero.

CAPITULO II

EL ZUPO

Por fin lo iba a conocer. Todas mis visiones, todas las formas imaginables que mi mente había formado al escuchar a los demás, se iban a fundir en una figura y en una voz. Yo, Higinio Zardoya Tardón, dentro de unos momentos, iba a conocer al Zupo.

Al entrar en el colegio con mi maleta, más que cargado, e ir acercándome al edificio atravesando la pequeña explanada que hay delante, la puerta del edificio, pequeña desde lejos con sus tres escalones y franqueada por dos bolas de piedra de dudosa belleza, se me antojó una boca enorme que me iba a comer. Era como si fuese una aspiradora que me atrajera hacia sus entrañas. Me dio la impresión de estar hipnotizado y caminar hacia un mundo desconocido; sabía o intuía que siempre a partir de traspasar aquella puerta habría un antes y un después.

El tiempo me dio la razón iy de qué manera!

Allí estaba yo preparado a traspasar aquella puerta cuando de repente y como salido de la nada apareció lo que por un momento creí que era San Antonio. Alto, con esa franja de pelo que monta sus orejas y recorre el cogote dejando la parte alta del cráneo como una bola de billar.

¡Gracias Dios mío! murmuré. En estos momentos de angustia me mandas a uno de tus santos a confortarme.

Una voz sonó alta y grave y la verdad que un poco »desagradable: —¿Ha visto ya al «senor director"?

La visión de San Antonio desapareció para encontrarme con la cruda realidad: ¡EL CALVO!

De pie, con la maleta descansando a mi lado y tras la puerta de cristales esperaba que el Zupo (el señor director) me hablara.

Había escuchado tantas historias tuyas que casi lo que veía era la realidad de lo que me había imaginado.

Me habían contado que en cierta ocasión al Teco Teco, un pínfano de hacía años, el 1109, que había tenido un hermano antes que él, el Zupo, le preguntó si iba a ser mejor que su antecesor, que había sido un trasto. El Teco Teco, por echarle un piropo a su hermano, le dijo al Zupo que él era el peor de los dos, que su hermano era más inteligente, más buena persona, etc.

Conforme hablaba, la cara del Zupo se fue congestionando de ira y de rabia y explotó, gritando lo que se conocía como la parábola del Zupo, y sus palabras bíblicas:

—¡Cabrón, cabronazo coge tu maleta y vete!

La verdad es que suena algo así como icoge tu camilla y anda...!

En otra ocasión contaban de Faro, el once treinta y dos, o sea mi padre, que era jefe de clase de la cuarta, que fue a pedirle al Zupo la baja de su jefatura por no sé qué problemas. Mi padre media uno ochenta, era deportista y además de ser maño ejercía de tal.

Cuando expuso sus penas al coronel, éste le respondió:

—Mira maricón de playa (insulto que nunca supo por qué) te he puesto jefe de clase no por lo listo que eres, sino porque eres más bruto que los demás y así me mantienes el orden.

Mientras chillaba un angelote de bronce que hacía las veces de pisapapeles salió proyectado en la dirección de su cabeza.

La verdad es que como tal maño podía haberla rematado de cabeza, pero prefirió la esquivada y la huida.

Se cuenta que mi padre ahora, cada vez que ve una imagen sacra con angelotes, pone cara de perro y adopta una posición de "en guardia" aduciendo, que esos bichos son kamikazes que tienen como objetivo su cabeza.

Pues bien, haciendo antedespacho en el pasillo esperaba ser recibido por ese ser.

Salió "el Calvo", me dijo que pasara y allí estaba ÉL. Detrás de la mesa con la mirada baja escribiendo no sé qué en un papel sobre la mesa.

Como seguía escribiendo tuve unos momentos para desde mi posición de firmes, echarle una prolongada mirada.

Tendría pasados los sesenta, bajito, muy bajito. Sentado como estaba en la punta del sillón llegaba escasamente con los pies a tocar el suelo. Los bracitos eran cortitos, las manos pequeñas y regordetas, casi calvo, con unos pelos blancos peinados hacia atrás, gafas oscuras y graduadas y pienso que no muy bien, pues para escribir lo que estaba escribiendo se acercaba en demasía al papel.

Intenté imaginarlo vestido de uniforme, ya que era coronel, y la visión que se me formó fue horrible. Su uniforme era negro, llevaba botas de montar, pistola al cinto, fusta, monóculo y en el cuello de la guerrera aparecieron dos eses rasgadas como rayos y una calavera. Yo no me llamaba Higinio, me llamaba Samuel y a su derecha tumbado en el suelo enseñándome los dientes apareció un dóberman que tenía la cara del San Antonio que acababa de conocer.

De repente todo se esfumó pues un sonido terrible como el tragar de un sumidero, bajo y sin apenas expresión se escuchó:

—¿Como te llamas?

A partir de ese momento supe que la angustia se resume en cuatro palabras:

—Te llama el Zupo.

Actualmente cuando me entero de que un compañero del CHOE tiene estreñimiento lo llamo por teléfono y, después de los saludos de cortesía, le digo las cuatro palabras mágicas «te llama el Zupo». El efecto es inmediato.

Abandona el aparato y una colitis galopante alivia su mal anterior.

A veces es peor el remedio...

Entré en el dormitorio, enorme, grande, lleno de literas y de taquillas de madera pegadas a la pared.

Pululaban por todas partes entes vestidos de verdegris plomizo que me miraban y sonreían. Tomé posesión de mi taquilla y fui colocando mis pertenencias. Dejé encima de mi litera un paquete con rosquillas, última dádiva de mi madre, con la recomendación de tomármelas en el desayuno poco a

poco. Calculo que fueron 5 segundos los que dejé de posar mi mirada sobre el paquete y como por arte divino, el paquete había desaparecido y 20 bocas masticaban disimuladamente.

Chillé fuertemente.

—¿Quién ha robado mis rosquillas?

Del grupo de observadores se levantó un cíclope que luego me enteré de que era el 1049, un tal Ansedes Mouronte, que me espetó con un acento gallego más que acentuado.

—Mira rapaz, aquí nadie roba, aquí a las cosas se le ponen ruedas y desaparecen.

Mi cara debía ser de un idiota subido.

¿Qué a las cosas se les ponían ruedas? Yo me imaginaba a las rosquillas con ruedas y la idea me resultaba incongruente.

Afortunadamente aprendí pronto.

Hace poco llevé mi coche al mecánico diciéndole que me lo pusiera en condiciones. En un momento me dijo.

—!Le pondré ruedas!

Salté al volante y salí echando humo dejando al mecánico con cara de besugo al tiempo que yo le chillaba.

—¡Es viejo pero hace falta muchas narices para ponerle ruedas a algo de un pínfano!

CAPITULO III

EL TRAPILLO

Todavía no había salido de un sobresalto que me metían en otro.

—¡Al almacén a por el trapillo! —chilló alguien.

El trapillo. ¿Qué era el trapillo? La primera vez que escuché la palabreja se me antojaba que me iban a dar un trocito de tela así de pequeño y además sucio, con el cual escasamente iba a tapar mis vergüenzas.

Me imaginé al Ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso chillándoles:

—Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y taparos guarros... tomad un trapillo.

Trapillo, para aquel que ha pasado por el CHOE, qué cantidad de imágenes le vienen a la mente. Cuando se cree el Diccionario Pínfano dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez de prenda de deporte y para estar por casa, así como de pequeño almacén de "pavas" y de "papel pal pecho".

Como prenda militar al usuario que lo porta en la oscuridad lo hace invisible aunque fácilmente detectable al olor.

Solo se adquiere con todas sus propiedades en establecimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis sandalias, mi camisa que picaba como un demonio, una camiseta y unos calzoncillos marcados con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel.

Por encima de todo como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco, me invitaron a la boda de la hija de un antiguo pínfano. Al preguntar cómo debía ir vestido, pues había varios actos, me dijeron: A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo.

Estaba totalmente claro. Siempre surgen cosas como estas e incluso otras más o menos solemnes como la de acudir a la reunión y comida que se celebra en el CHOE. todos los años, quisiera tener mi trapillo y volverlo a vestir aun a costa de algunas lágrimas propias y ajenas.

El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Granada. Los Templarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los Pínfanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la A.G.M. aunque sinceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios que tendrían otras prendas, el Pínfano adolece de otras propiedades que no sean del Estado.

Cuando en Zaragoza nos examinábamos, nos sacudían un traje azul con camisa blanca, corbata negra y en las solapas de la chaqueta llevábamos dos óvalos con el escudo del Ejército. En otro tiempo se llevó gorra de plato blanca.

Al preguntar el porqué de aquello se me dijo que era para distinguirlos de los demás y que los «protos» nos tuvieran más consideración e incluso podía llegar el caso de echarnos una mano.

¡Que falta de asesores de imagen!

Dónde va a parar el efecto que puede producir en mitad de un aula de exámenes un individuo que, rodeado

de señores con traje, viste con calcetines de lana, una sandalias gastadísimas, que saca de su bolsillo ino un paquete de cigarrillos! sino varias pavas, que devora su bocadillo y pide dos más, todo esto dentro del cuadro inmejorable de su trapillo sudado, raído y descolorado.

Qué proto no se hubiese conmovido al ver a ese ser desconsolado y desvalido huérfano. De ver esa imagen y pasarle el resultado de los exámenes solo había un paso.

¡Pero no! Limpios, peinados y con traje azul.

Volviendo de la AGM de un examen y ataviado con el vestuario azul descrito, me encontré con un amigo de la infancia que después de unos saludos afectuosos me dijo qué hacía yo. Me puse en su lugar y me vi de aquella guisa y, para evitarme explicaciones, le dije: Trabajo en correos y reparto telegramas.

Ni una sombra de duda atravesó su frente, mi uniforme era la fiel estampa de lo que acababa de decir.

¡Ah, qué otra historia podría haber contado de ir con mi trapillo! Licenciado de la guerra de Vietnam, superviviente de Auschwitz y Dachau, agente secreto disfrazado de pobre, tranviario en paro, desactivador de minas, explosivos y cohetería en general, mamporrero en huelga de hambre...

El que no ha vestido un trapillo no sabe lo que es sumergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis que significa esta frase).

Como frase histórica me remito a la famosa que pronunció César al entrar en el Senado y ver a Bruto sin la corona de laurel en la cabeza: ¿Tú también de

trapillo... hijo mío? De lo cual se deduce que él tampoco llevaba la corona.

Esta frase le debió de cabrear pues acordaros de lo que pasó después.

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Había vestido la prenda que ya jamás abandonaría mi existencia. Decían de los templarios, que cuando les ponían la cruz sobre la capa, dejaban de ser lo que eran y sufrían una transformación. El trapillo ofrecía a su portor el éxtasis, no de ser otra persona, era la de ser muchas más pero bajo el mismo título. PINFANO.

«Viejo trapillo mi mejor compañero...»

Una verdad como una catedral de grande.

«... pronto presiento que te voy a dejar...»

Ni de coña. Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pensando que lo llevaste, sentirás un especial afecto a los que te digan que lo llevaron y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que pese a todo, los años que lo llevaste son quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres actualmente.

CAPITULO IV

INSPECTORES

Antes de que Higinio se incorporase al colegio "su viuda" recibió en su casa una carta con muchos panfletillos y uno de ellos rezaba así, transcribo:

«Normas a las que han de ajustarse los alumnos que en régimen de internado (preparación militar) y de residencia internado (carreras civiles) quieran disfrutar

de los beneficios en el colegio de Carabanchel Alto...».

En su apartado II punto F dice:

«Comportamiento con los inspectores (todos los alumnos): Todo alumno ha de ver en el inspector no solo a la persona que vigila su comportamiento, sino que, por su experiencia y edad, trata de guiarle y ayudarle en todo instante, de aquí que ha de merecerles el inspector el mayor respeto y consideración y que de no cumplirlo, se verá sometido a la sanción correspondiente».

A la vista de esta lectura Higinio supuso que al entrar al colegio vería por los pasillos a unos seres, mayores eso sí, pero con un aspecto angelical que en todo momento con una voz acariciadora, suave y tremendamente paternal le dirían «qué te pasa hijo...».

Tal parecía así que para proteger a aquellos seres, idílicos, que merecían, según reza el apartado II punto F, el mayor respeto y consideración, se castigaba al infractor con ser sometido a la sanción correspondiente.

Si antes de pinfanear alguien me hubiese dado la lista de sanciones puede que fuese algo así:

No podrá ausentarse del colegio durante la semana, excepto la tarde del domingo.

Será suspendido de duchas de agua caliente hasta el sábado.

Como correctivo se levantará a las 7 de la mañana y estará sin probar bocado al menos hora y media durante un tiempo.

Se le restringirán las cuartillas a tres diarias (si estuviere en la sección primera o segunda se aumentan a

cuatro) y en ellas se le obligará a hacer todos los deberes.

Solo podrá cambiarse una vez a la semana. Si la sanción es en invierno se le obligará a llevar sandalias.

Será racionado en la comida, condenado a no saciarse nunca y tener cierto gusanillo siempre en el estómago.

La lista podría ser larguísima, pero si sólo hubiese estos puntos, la impresión de las sanciones hubiese sido más que terrible.

Total que Higinio que siempre esperó que el primer inspector le acariciase el oído con el nombrado “qué pasa hijo”, muy por el contrario sonó la trompeta del juicio final con aquél.

—¡A visto al señor director!

El Calvo, San Antonio, Domanguez, el motorista y algún que otro mote aludiendo al oficio de su madre (por otra parte sin confirmar) aludían a un personaje tremendamente curioso.

De él se contaba que había sido guardia civil motorizado (en moto) de la escolta de Franco, y que le fue entregada como premio la jefatura de inspectores de este colegio. Que había sido legionario, era otra versión, y que incluso el padre Cuevas sabía su historia pero que jamás soltó prenda. Que...

Lo que si era cierto es que era gallego y que ejercía. Era famosa su frase:

—Senores, voy a tener que hablar con el señor director y os va a poner una sación.

Anda que no pasé tiempo aguzando el ingenio y el oído hasta que descubrí que lo que quería decir era sanción.

Era tremenda la facilidad que tenía para cambiar apellidos y nombre. Furelos Mogo durante su permanencia en este centro no consiguió un Furelos como Dios manda pese a ser gallego dicho apellido, hubo de conformarse con un "¡Senor Forelos!".

El bueno de Higinio Zarzoya Tardón ¡piedra! se tiró 6 meses detrás del Calvo diciéndole que no soy señor Zarzioya, soy Zarzoya, y Domanguez en un gesto de ingenio y de reflejos empezó a llamarle señor Hilginio para desespero de la pobre víctima.

En el colmo del paroxismo y para orillar a tamaño personaje diremos de él que cuando se presentaba decía soy el señor "Domanguez" con lo cual queda reforzada la idea de que o es que oía mal o tenía un defecto en la boca aunque para mí el defectillo lo escondía un poco más arriba, detrás de la frente.

Durante una Semana Santa y para ayudar a otros inspectores apareció por el colegio un ser tremendamente español. Pequeño, moreno y con mala leche. Como su aparición fue en fechas tan señaladas y venía a ayudar, el mote casi fue una consecuencia "el Cirineo".

Hoy en día, si quiero llamar la atención a alguien para que se ponga alerta me sale la frase "ikeo, keo, que viene el Cirineo!", con el correspondiente mosqueo de la persona aludida que, mirándome con ojos inquisitivos, cejas interrogantes y boca torcida, dice ineludiblemente: ¿Qué... ?

Estando en la cuarta sección en pleno mes de febrero con un ambientillo de humo, sudor, calorcillo humano y olor a hogar, asomó las narices el Cirineo y en una demostración de pulcritud nos abrió las ventanas. Alguien murmuró «¡Vaya!, ahora se nos va el tigre...».

El Cirineo en un alarde de conocimiento del argot replicó: «Ya sé que me llamáis el Tigre y no piensoirme de este colegio». Y con paso firme, hinchado el pecho, salió de la sección.

La verdad es que no sé la primera vez que lo vi ni dónde pero figura, no muy alta, poco cuello con la cabeza metida entre los hombros, incipiente tripilla, con las manos cogidas debajo de la misma siempre con chaqueta y corbata, con más miedo al Director que nosotros mismos. con más miedo a nosotros que el Sr. Director, con sus acciones de buena persona, y por supuesto su voz. Una voz chillona, aguda y bastante desagradable que hacían que su mote le fuera como anillo al dedo "El Mariachi". Su voz era lo mismito que el grito que dan los mejicanos cuando cantan rancheras.

En cierta ocasión al ir por el pasillo tropecé con él y por hacer una payasada hice como que rebotaba e incluso me tiré al suelo dando una voltereta y quedándome quieto como desmayado. Como siempre iba con Balmori con el cual, no es que haya convivido día a día, es que creo que pensamos con el mismo cerebro (lo cual no es hacernos ningún favor al decirlo), como decía Balmori montó el número de que me había desmayado, de que me había matado, etc, etc.

Por un momento pensé que la ambulancia había entrado por el pasillo y venía a buscarme con la sirena puesta, pero no, era la voz del mariachi que pedía ayuda a gritos pensando que me había hecho daño de verdad.

Punto y aparte merece el Sr. Herrero.

Culto, impecable, afable, diciéndote siempre las cosas razonablemente y sin chillar, siempre de parte del

huérfano frente a los demás inspectores y llamándote la atención a espaldas de aquellos si no tenías razón. Quizás la imagen que más se me ha quedado en la retina es la de él mirándome a través de los cristales de la puerta de la sección y haciéndome gestos avisando que el Coronel estaba en el pasillo.

Parece ser que tuvo un cargo de responsabilidad en un buque mercante, y de esta vivencia le venían los conocimientos de geografía que a nosotros nos dejaba con la boca abierta.

En resumen que si alguien daba la talla y se ceñía a lo que decía el reglamento del colegio de lo que tenía que ser un inspector, ese era el Sr. Herrero.

En fin sirvan estas líneas de recuerdo a aquellos personajes que nos llamaban al toque de diana, no nos dejaban fumar en los váteres, nos daban las hojas y las cuartillas para hacer los ejercicios, vigilaban nuestras comidas y nuestros estudios, abrían puertas y cerraban la cocina y velaban por que se cumplieran los horarios.

La verdad es que si no fuera por ellos de que íbamos a hablar ahora... de todas formas "gracias por todo".

CAPITULO V

LA DUCHA

El telediario daba las noticias de las importantes movilizaciones de trabajadores en los astilleros de fuera de nuestro país. La sociedad se inquietaba de la tirantez entre Occidente y el telón de acero, el Banco Internacional miraba con preocupación el estado económico del mundo... y en el colegio de huérfanos a

Higinio lo que era su máxima preocupación, su mundo, su tragedia, era simplemente que su trocito de jabón Lagarto se acababa. Hoy, a la hora de la ducha en aquel sábado de fin de mes, se imponía el ahorro.

Era lo que le faltaba. Llevaba casi 15 días de un humor de perros y en el centro de su frente, entre las dos cejas, una V permanente le daba una expresión de mal café impresionante.

Se pegaba unas pensadas terribles, se separó de los amigos en los recreos y en los estudios por más de tres veces el Lobo dijo que lo iba a mandar al Cotelongo y el Katanga dijo: «Evidentemente usted no me estudia y esto es un pitote que evidentemente tiene que solucionar». (La frase, como es natural, la remarcó con unos golpes de la uña del dedo gordo de la mano derecha contra la pizarra. Tenía la uña ligeramente deformada y nunca supe si se la había deformado por los golpes que de continuo daba con ella o por el contrario esperaba que con ellos se le corrigiera). Verdaderamente la cosa era evidente, pero lo cierto es que Higinio rumiaba algo.

Había momentos que estaba mucho peor, que era a la vuelta del váter y a la hora de levantarse. Para colmo allí estaba con su toalla al cinto preparado para bajar a las duchas y con su trocito de Lagarto. Debía de haberse pasado en higiene aquel mes, pues de manera normal la mitad de tajo de Lagarto que le daban a principios de mes valía para 30 días.

Hace menos de tres meses, Higinio ya casado y con tres hijos, dio una vuelta turística por Europa y al llegar a Múnich y ver las dos cúpulas de estilo bizantino de su catedral se quedó de piedra mirándolas boquiabierto. Lo que le llamó la atención no fue el estilo

de la construcción ni sus perfiles, ni sus formas. Fue su color. Eran de ese color entre verde y carne de membrillo que le hizo preguntar al guía: ¿Están hechas de jabón Lagarto... ?

El pobre estudiante de la escuela de turismo en prácticas, que sólo conocía el Heno de Pravia como jabón histórico, le miró con ojos inexpresivos al tiempo que observaba como la mujer de su interlocutor le hundía el codo en su costado y los hijos de ambos le miraban con ira, asombro y bochorno.

Higinio inició un «Es que me acuerdo de...», pero hizo un mutis. Que le importaba a los demás. Que si verdaderamente fuesen de jabón Lagarto la cantidad de pínfanos que se podrían duchar. Verdaderamente qué sabrían ellos de lo que estaba pensando. Se alejaron del lugar pero Higinio de vez en cuando se volvía, miraba, sonreía, y decía para sí... «son de jabón de Lagarto».

Volvamos años atrás con Higinio, su trocito de Lagarto y su cabreo.

Del dormitorio a las duchas había un trozo y hacia frío. La piel del pínfano estaba ya tan en íntima comunión con su trapillo que le había traspasado parte de sus propiedades, por lo que el frío era mera anécdota. Higinio esperó su turno y ¡hala! al desmugre.

Primero un primer contacto con aquella cascada de agua caliente que hacía recordar la sensación de una de las muchas comodidades de la casa familiar, de la cual adolecía el colegio.

Higinio se dejó llevar, el agua le caía por la cabeza y le resbalaba por todo su cuerpo. Aquello era relajante, era maravilloso, era lascivo, era... ¡Dios mío! Cuando Higinio se dio cuenta quiso chillar, quiso salir de la

ducha en pelotas y gritarle a todo el mundo que los viera:

—¡Ves, no soy impotente!

Llevaba dos semanas que no había notado nada, ni el más leve cosquilleo había surgido de su entrepierna. Se levantaba con la terrible sensación de ser un anciano. ¿Dónde estaban aquellas erecciones maravillosas de sus pocos años?

Lo había intentado todo delante del aquel Play-boy manoseado y ajado que corría por el oscuro mundo del mercado negro choetano.

Se acabaron los malos modos, las cejas arqueadas y su mal humor. Aquella erección maravillosa lo volvía al mundo de los vivos y que ¡vivos!

Volvió al dormitorio con un bulto más que sospechoso debajo de la toalla que hizo volver la cabeza a la Irene, que estaba limpiando las escaleras.

Con qué alegría hizo su quiniela.

Calzoncillos: 2

Camisetas: 1

Calcetines: 2

Pañuelos: 2

El examen de la tarde podía esperar a un Higinio, despierto, inteligente y ágil mentalmente. Y mañana domingo cuando tocan marcha ¡que temblara Madrid! No habría metro ni autobús, ni fila de cine que la moza de turno no sufriera a Higinio, el más rápido en poner rabos a falta de otro consuelo sexual.

Cuando hoy en día Higinio le pregunta a su mujer qué hay para comer y le anuncia rabo de buey no puede aguantar una carcajada, y cuando le interrogan siempre contesta... cosas mías...

CAPITULO VI

PAPEL PARA EL PECHO

Higinio ya por la mañana sintió frío en el vientre y aquello no representaba nada nuevo.

Hoy le tocaba salir en física y en geometría y como también los problemas a entregar eran de aúpa, había puesto la toalla atada al pie de cama que era la contraseña para aquel ser tremendamente extraño, que era el sereno. Armado de su tranca recorría entre las 5 y las 6 de la mañana los dormitorios y cuando veía la señal te agitaba o te pinchaba con el garrote y cuando abrías los ojos te dirigía un sonido gutural, inexpresivo que todos suponíamos que sería un buenos días o vaya usted a saber. Lo cierto es que él diría lo mismo del primer sonido que salía de nuestra garganta dormida.

Higinio la verdad es que se encontraba mal, Fue al baño por primera vez y sintió como iba ligerillo. Cuando estaba metiéndose en la cabeza el polipasto, volvió a visitar al señor Roca y allá por las 7 de la mañana al toque de diana fue a por la tercera.

Una de las tragedias más terribles rondaba ya en los alrededores de Higinio.

De las faltas innumerables de las que el colegio era modelo era la falta de papel higiénico en los váteres, con lo que el pínfano tenía que hacer acopio de dicho material. Como depósito portátil y muy a mano se utilizaba la parte interior descosida de la pieza que formaba la parte superior que cubría los hombros de la chaquetilla del trapillo, por la parte de atrás terminaba en una costura y la parte delantera era a su vez la solapa de los bolsillos. De tal manera que si

descosía por la parte interior la solapa del bolsillo podías introducir lo que fuere entre las dos telas de tal forma que todo aquel que fuese desprendido de hombros podía llegar a lucir una espalda digna de un jugador de fútbol americano.

Durante los fines de semana, en la corta salida del domingo, no había váter de bar, papel de seda o de textura más o menos suave, que no pasase a engrosar el almacén del pínfano y como la denominación de papel higiénico resultaba más bien cursi pasó a llamarse «papel para el pecho».

Bien, pues ahí hemos dejado al pobre Higinio en la terrible tragedia que se le avecinaba. A él no le preocupaba la colitis, extrañarle ya le extrañaba pues ir al váter es para echar algo y la máquina más perfecta de funcionamiento con el mínimo de consumo es un pínfano, eso si, lo poco que le echas lo aprovecha en un 100% por eso estaba muy mosqueado con lo que quisiera su cuerpo evacuar pero...

Lo terrible, lo horrendo, lo fatal es que con esta historia había disminuido enormemente su reserva de «papel para el pecho». Hoy venía el médico y desde luego esperaba que el remedio fuese rápido y eficaz. Había que ver al pobre Higinio cuando salía del botiquín con el remedio universal: dos bucofaríngeos.

Era maravilloso, llegabas con un dolor de cabeza, se echaba las gomas a las orejas te auscultaba y ¡hala! dos bucofaríngeos.

Te habías dado un bofetón de aúpa en el frontón y llegabas con una muñeca inflamada, sin problemas, auscultación y dos bucofaríngeos.

¿Qué esperaba Higinio que le iba a recetar, arroz co-

cido y carne de membrillo? Nada, nada, todos lo mismo para que no hubiese favoritismos.

La verdad es que siempre creí que el médico nos confundía con los Niños Cantores de Viena, solo le preocupaban nuestros pulmones y nuestra garganta.

Cuando al pobre Higinio en su enésimo viaje al país de la taza y la cadena, sólo le quedaba como medio confeti para limpiarse, la sagrada providencia hizo que el mariachi, bendito donde los haya, estuviese leyendo el ABC. Higinio, pálido, con paso lento y vacilante (la verdad es que no se va muy rápido cuando tienes que andar apretando el culo) y poniendo en su voz toda la dulzura de que era capaz, le dijo al inspector:

—Si ha leído ya ese periódico, ¿podría dármelo?

El interrogado, con cara sorprendida de que un pínfano se interesase por un mundo exterior a las tapias del colegio, preguntó a su vez:

—Y usted señor Zarzoya, ¿para qué quiere el ABC?

Higinio como la cosa más normal respondió:

—Lo necesito para el pecho.

Hacía no más de dos días que por la televisión habían echado un reportaje de una anterior vuelta del Tour en la que los ciclistas, al terminar de coronar un puerto, para parar el aire se metían papeles dentro de su camiseta.

Al oír aquellas palabras el mariachi y recordar el reportaje, a la vista de lo que veía enfrente de él casi con lágrimas en los ojos le pasó el periódico.

Higinio no tardó ni un segundo en desaparecer en el váter y durante aquella semana su culo fue el más informado de todo el colegio por pasar por él todas las noticias de interés nacional e internacional.

Lo curioso fue que a partir del día de la fecha el mariachi cada vez que veía a Higinio le preguntaba si tenía frío y le hacía abrocharse hasta el último botón de la camisa diciéndole con una voz aflautada:

—Venga, venga señor Higinio que luego se le mete el frío en el cuerpo y se le pone muy mala cara.

Hace poco me enteré de que el Mariachi todavía vive con sus ochenta y largos años y que goza de una memoria envidiable. Me gustaría preguntarle si ya sabe lo que es «el papel para el pecho».

Para Navidades ahora con mis hijos nos regalamos lo típico en esas fechas envuelto en unos papeles de seda suaves, blancos inmaculados y que huelen maravillosamente. En mi casa aseguro que no falta el papel higiénico; pero cuánto hay de fetichismo, de morbo o simplemente de nostalgia, cuando tomo las envolturas de los regalos y...

CAPITULO VII

HOY TENEMOS ARROZ CON LECHE

La Irene depositó la bandeja del pollo con tomate en medio de la mesa de los cuatro comensales. Como siempre Higinio echó un vistazo e hizo la misma reflexión. Debía ser avestruz pues los trozos que se veían eran cuello y culo aunque, la verdad, flotaban varias piezas que podían ser apreciadas. Lo cierto es que el pollo podía ser apetecible pero el tomate lo mataba. Tenía un punto ácido que a veces recordaba el olor a la tinta de escribir.

El ritual se repetía: cuatro manos sacando dedos y por riguroso orden, empezando por la derecha, se iban

escogiendo sin ningún pudor ni recato los mejores trozos para sí mismo. Era tal el vicio y la manía de " echar dedos" que se usaba hasta para elegir los montones de galletas que, en número de cinco, algunas veces nos daban de postre para cenar.

Higinio recordaba que le habían contado que ahí en la mesa que hay al lado del ventanuco por donde sale la comida, se sentaba su padre pínfano y que con los otros tres componentes de la mesa habían batido el récord de comer pelotas.

Contaban que el récord individual estaba en 30 y el de la mesa en 100. Pues bien, aquellos tragaldabas decidieron en complicidad con el resto del colegio en superar la prueba. De primer plato hubo sopa de fideos, el resto del colegio les decía que no comiesen para hacer más hueco, pero siguiendo la máxima pínfana "antes reventar que tirar" se comieron su ración.

Salieron la pelotas, 5 por cabeza; las suyas desaparecieron por encanto y empezaron a acudir a su mesa las bandejas con las renunciadas de los demás compañeros para hacer caer el récord.

¡Y cayó! Toma si cayó.

El récord individual quedó en 33 y el de la mesa pasó de 100 a 124. Los resultados públicos fueron:

<i>Balmori</i>	33
<i>Faro</i>	33
<i>Pindao (Pichurri)</i>	30
<i>Guillén</i>	28

Como muestra de chulería salieron del comedor comiéndose el bocadillo de la merienda. A partir de aquel día se les llamó los insaciables.

Todo esto recordaba Higinio mientras devoraba sus piezas de pollo cuando ¡sorpresa! de postre tenían arroz con leche. Este plato ya era costumbre comerlo hacia abajo. Era tal la consistencia que vuelto el plato se le clavaba la cucharilla de abajo a arriba y se sacaba hacia afuera. No sé el poder alimenticio de aquel cemento, pero nos llenaba el estómago y le daba una sensación de saciedad que duraba días.

Estaba en aquella faena cuando la primera pelotita de arroz con leche se pegó en el techo. A esa siguió otra y a esa otra. En el colmo, apareció una bolita pegada que le colgaba un muñequito de papel.

Todos los días un inspector comía con nosotros para vigilarnos y ese día estaba el Calvo. Cuando vio semejante tropelía pidió culpables y como siempre nadie se presentó voluntario. Entre los elegidos Higinio, al paredón, o sea al despacho del "senor diretor". Gritos, palabrotas, promesas de expulsión etc, etc.... todo normal.

Todavía hoy se pregunta Higinio por qué no pasó nada, qué estrella divina les sacó del apuro. Algunos opinan que "Papá Villalba" tuvo algo que ver, o sea que la estrella divina tenía cuatro puntas.

A partir de aquel día hubo para comer lo de siempre: más avestruz, tiburones (sardinas así de pequeñas), filetes tímidos (los muy puñeteros se escondían debajo de una patata frita), tomatitos y lechuga en cantidades masivas, pelotas... hubo de todo, pero el arroz con leche desapareció del menú.

Hoy Higinio recuerda aquellos días y muy especialmente cuando ve coliflor con patatas que recuerda a su amigo "el Hipo" (llamado así porque cuando le daba era capaz de estar tres horas dando unos hipos

terribles que recordaban al grito del mambo de la Orquesta de Pérez Prado), el cual se metía un gran plato entre pecho y espalda, de los cuales estaba bien dotado, la ración de al menos seis y por la noche se ponía malísimo y daba unos iayes! lastimeros tocándose una tripa enorme, hinchada y tirándose unos pedos que no dejaba dormir a nadie.

El otro día con sus cuarenta y siete años Higinio comió en casa de su hermano y a la hora de los postres su cuñada anunció:

—¡Hoy tenemos arroz con leche!

Higinio se quedó mirando al plato, fijamente; y al rato ya no lo veía, estaba lejos, muy lejos, estaba a muchos años y veía rostros y oía voces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

P. D. Esta historia que cuento en boca de Higinio podía haber sido escrita con nombres y apellidos reales, pero si una historia ha tenido más protagonistas que esta, creo que descontando el episodio histórico de los 100.000 hijos de San Luis, ninguna.

Debido a mi mala memoria he interrogado a más de 30 pínfanos y todos sin excepción tiraron pelotillas al techo y estuvieron en el despacho del "senor diretor".

Ante la posibilidad de dejar a sus verdaderos héroes sin nombrar y poner alguno de clavo, cometo la argucia de ponerla en boca de este Higinio que es un poco yo y un poco todos.

CAPITULO VIII

LOS VIRUS

Hay motes que caen por su propio peso y a lo largo de mi vida he oído algunos francamente buenos. Recuerdo de mis tiempos académicos de cadete aquel Teniente Coronel bajito y con cara muy arrugada, muy arrugada que le llamábamos el Berberecho; o aquel otro Comandante muy alto, pero de espaldas estrechísimas y de culo enormemente gordo, conocido como el Calisay.

Luego a la hora de poner los motes está la oportunidad.

Después de una semana a aquel Capitán no había manera de ponerle mote.

Llegó el sábado con su revista de taquillas y de policía; terminada y formada la compañía en el pasillo dijo:

—No me gusta nada la tónica de la Compañía.

De 100 gargantas al unísono sonó como una sola voz.

—¡EL SWEPES!

Bien, pues anterior a estos casos, en el CHOE el personal estaba inquieto. Se rumoreaba que en el colegio se iban a instalar los que estudiaban carreras civiles.

Los «uni» como se les empezó a llamar, eran aquellos pínfanos privilegiados que estudiaban en la universidad y tenían la gran suerte de.... no de comer en los establecimientos donde estudiaban, no a eso no. Todo el mundo sabe que el individuo que se alimenta de patatas toda su vida no echa en falta la langosta, puesto que no la conoce.

Tampoco tenían el privilegio de salir todos los días.

No a eso tampoco. ¿Qué iba a hacer un pínfano con su libertad?, seguro que se pondría a recoger "pavas" por las calles como un loco o recogería de las papeleras toneladas y toneladas de "papel para el pecho».

Y que decir si todos los días tuviese que vestirse de paisano abandonando su cascarón, su intimidad, su tigre, su identidad. En una palabra, isu trapillo!

No, verdaderamente esos puntos no eran ventajas, lo auténtico, lo real, lo envidiado, el sueño, el privilegio de los privilegios, el súmmum... iera ver tías todos los días!, y como toda consideración al respecto me parece obvia o evidente, dejémoslo para otro momento.

Hemos dejado al resto del pinfanato pensando en lo que se les venía de nuevo al colegio cuando sonó la voz "del Calvo" que avisaba: "Todos a la sala de juegos, les va a hablar el señor diretor". Era tan bruto que estoy seguro de que hablar lo decía sin H.

En tres filas nos.... más o menos formaron y el Zupo nos largó la perorata que, como siempre en el mejor estilo castrense, fue precisa, concreta y escueta. (cuánto hubiese dado porque posteriormente algunos Generales, sin ir más lejos Iniesta, hubiesen hecho buenos en sus discursos estos tres conceptos y sobre todo el último).

—A partir de la semana que viene se van a instalar en este colegio los alumnos de carreras civiles, espero que el virus que lleva consigo la vida universitaria no os haga mella.

La suerte estaba echada, es algo así como decir: el mote estaba puesto... ¡LOS VIRUS!

El primer día que vi a uno me esperaba que sería un ser cabezón, con gafas, hombros estrechos, muy cursi

y que me iba a tratar con desprecio y ¡anda la osa! era una fotocopia mía, más limpio eso sí, pero la verdad es que me sorprendió. Tan en la cabeza se me había metido aquello de los virus que yo mismo casi me defraudé.

Hace poco uno de mis hijos se puso enfermo y el médico sentenció que había sido un virus. No pude menos de sonreír y le comenté: "si en vez de un "virus" le ataca uno de preparación militar podía haber sido mucho más grave".

El médico me miró con cara de aspirino (en este caso me refiero al marido de la aspirina) y encogió los hombros.

Lo que no podemos olvidar nunca es que el virus, pese a todo, es un pínfano y como tal merece respeto y a él dirijo estas líneas.

*Tú que naciste de una viuda
por lo que eres un pobre pinfanillo
no albergue tu alma ni una duda
de que somos hermanos de trapillo.
Lo normal es estudiar para cadete
y dejarse llevar por nuestros idus
¡pero no! tu libro de petete
decía que tenías que ser virus.
Recuerdo que la amistad es una joya
que el tiempo estropear no supo
y nos unen, la quiniela y "la poya"
el trapillo, el Calvo y hasta el Zupo.*

Por supuesto que se han dado casos de deserción que después de pasar por preparación militar terminaron de virus aunque esto no es una deserción pura, podríamos llamarla un cambio de chaqueta necesario.

CAPITULO IX

EL HÉROE

Los atacantes eran mayores en número y la cosa estaba muy fea. Aquella posición defendida por aquel puñado de regulares parecía destinada a ser aniquilada o rendida.

El jefe de aquel reducto estaba herido de un balazo en la rodilla izquierda, llevaban todo un día combatiendo pero por la cabeza de aquel capitán ni siquiera había pasado la idea de rendirse. Sus órdenes eran de aguantar a toda costa y aguantarían.

Al tercer día la rodilla tenía un aspecto muy feo; alguno de los regulares había dicho que, amparándose en la noche podían sacar a su Capitán y llevarlo a retaguardia. Al insinuárselo, aquel hombre pequeño se volvió un gigante y sacando su pistola avisó, que si se intentaba, se llevaba puesto al primero que lo tocara.

El Capitán aguantaba con un tosco vendaje y arrastrando su pierna recorría la posición, daba órdenes de tiro, repasaba la reserva de munición y granadas y daba ánimos a los heridos. Él dando ánimos, él que cuando nadie lo veía se cogía la rodilla y casi gritaba de dolor.

Cuánto daría por echarse a la boca un pitillo de picadura, de esos que con el cuarterón de la ración de combate, ese de un paquete verde, se hacen unos liados cargados y duros que como por arte de magia desaparecen en pocas chupadas en su boca.

Aguanta y calla y sólo se olvida de su dolor cuando el enemigo ataca y la adrenalina se sale a borbotones. Le han ordenado que aguante y aguantará.

Sus regulares le respetan y le admiran en una mezcla de amistad y orgullo de estar a las órdenes de un hombre que es capaz de aplicar la disciplina militar, y lo estaba demostrando, como de preocuparse por los problemas tanto castrenses como particulares de cada uno de sus soldados.

Había pasado una semana y cuando ya sólo quedaba prácticamente la munición de las recámaras, el comer era un recuerdo en el tiempo, las gangrenas el factor común de las heridas y lo único que alentaba a aquellos hombres era la postura inquebrantable de su Capitán, llegó su liberación. Su hazaña fue de boca en boca, el mando estudió el caso de aquel hombre, que cuando todo se puso en contra él supo cumplir como el mejor. Y no solo él sino hacer que aquel puñado de soldados fuesen rocas clavadas en el suelo.

Como todas las mañanas, sentado en la mesa donde los inspectores comían, con su inseparable pitillo pegado a la boca y con una leve sonrisa, el páter del Colegio de Huérfanos de Carabanchel Alto veía como se jugaban a los dedos su ración de galletas, pues él sólo se tomaba su café con leche. Era la única comida que hacía en el comedor, el resto del día la capilla y su cuarto eran su puesto.

El cuarto del páter era el muro de las lamentaciones, el reducto de las confesiones, el lugar donde consolarse y encontrar una voz amiga que te reconfortase.

—¿Qué pasa maño?—, era muchas veces el preámbulo de una conversación larga, tranquila, mitad confesión mitad cuchicheo, mitad sermón mitad penitencia, que te hacía salir de aquel cuarto con bríos y ganas de seguir adelante.

Hoy guardo en mi casa un retrato de mi padre pintado por él. Soy quizás el único que tenga un cuadro suyo y lo guardo como el tesoro que te ha donado alguien especial.

Escondido, muy escondido en un armario de madera oscura, había entre sotana y un clériman, un uniforme casi desteñido de Teniente Coronel de Regulares que en su pecho ostentaba la medalla militar individual. Estuvo a punto de ser laureada.

Para mí, que de todo esto me enteré, no por sus labios, sino por casualidad y cuando ya estaba fuera del colegio, la laureada se me queda pequeña para premiar a aquel ser maravilloso, humilde, volcado a su tardía vocación, de una paciencia rayana en santidad que, por lo menos a mí, me hace sentirme bien el haberlo conocido y tener el orgullo de, en alguna ocasión, haber sido motivo de su atención.

Páter Luis Cuevas, allí donde estés no te olvido, estás en mi corazón.

CAPITULO X

EL 716

¡Madre mía! La cantidad de veces que el pobre 716 habrá escuchado en más de mil versiones...

—Este año tiene que ser el último. Me tienes que echar una mano, yo te juro que si ingreso...

Lo que son las casualidades, tengo un pariente que es el 692 que ahora trabaja en Iberia (o sea que no ingresó) y me contó la historia.

Debió ser por los aledaños del 60, año arriba o abajo. Visto desde la perspectiva de nuestros años actuales

podíamos decir la clásica frase de "cuando se hacían guardias con arcos y flechas" (lo de las flechas que cada uno lo tome como quiera).

En el CHOE el Coronel vestía de uniforme de los de las botas de montar, cuello cerrado y un buen puñado de medallas en el pecho.

Los inspectores eran ayudados por otros pínfanos que llevaban un galón en el pecho que se me antojan a los capos de los campos de concentración judíos.

Las órdenes dentro del colegio se regían por toques de trompeta, se hacía instrucción con mosquetones de madera y al que se portaba mal nada de dejarlo sin postre, al calabozo de cabeza.

En este ambiente idílico surgió la tragedia. Un pínfano cuyo nombre no he sido capaz de memorizar dio el keo. Si su madre no se sana de una dolencia interna habrá un pínfano por partida doble.

El problema no está en la operación, sino en un medicamento o un tratamiento que vale 3.000 pesetas que hay que pedirlo al extranjero y que la asistencia farmacéutica militar no acoge, con lo cual todo el gasto ha de asumirlo la viuda.

La trompeta del Juicio Final ha sonado. Los pínfanos están en pie de guerra.

Todos los asuntos se posponen, acaba de quedar relegado a segundo término todo lo que no sea cómo encontrar dinero.

Se llamó al CHA (Colegio de Huérfanos de la Armada), al CHAPA (Colegio de Huérfanos de la Policía Armada) y a todos los C.H. del listín de Madrid.

Se organizan rifas, cuestaciones, venta de chatarra y

cristales, consecuencia de esto desaparecieron 20 literas viejas del almacén con el consiguiente escándalo.

A la vuelta de un mes, delegados de los distintos colegios se reunieron.

Cuando hablo de delegados es curioso, pero siempre nos representamos en la mente al delegado como un tío serio, responsable, en fin resumiendo un "repipi". Pero claro, eso ocurre en la sociedad normal llena de normas estrictas y escritas. Entre pínfanos, es curioso, el delegado es un tío aclamado por la mayoría (la democracia es pínfana) que normalmente es un punto que está metido en todos los follones, jaleos, bullas, motines y mítines de los más variopintos objetivos.

Suele ser un buen deportista, un especialista en planchar problemas y chuletear exámenes que al final de su vida pínfana tiene solo dos salidas: o la A.G.M o algún puesto importante dentro de la vida pública o comercial, Iberia, Galerías Preciados, Pryca, I.B.M, jefe de galería en Alcalá Meco, etc.

Como decíamos, los delegados se reunieron con la recaudación total de 2.800 pesetas. Increíble, una vez más los pínfanos habían logrado otro milagro.

Por otro lado "la viuda" no se había estado quieta. No sabemos nosotros nada de lo que ha sido capaz cada una de nuestras madres para sacar a su prole adelante. Total, que llamada aquí y allá, suplicando, llorando y rogando, la viuda comunica a su retoño (angelito de 18 añitos, dulce animalillo del colegio de Santa Bárbara, o sea "un bárbaro") que después de un mes de peregrinar por oficinas, asociaciones, y congregaciones de carácter benéfico, ha conseguido reunir las dichas 3.000 pesetas.

Alegría, sorpresa, preocupación, deliberaciones y demás soluciones diversas.

Los delegados están perplejos. Imposible devolver el dinero. La contabilidad nunca ha sido un plato fuerte del pínfano.

Después de algunas soluciones la mar de curiosas quedan dos encima de la mesa.

O hacer una fiesta que ni los más viejos del lugar recordarán o hacer donación a alguien o a algo de aquella fortuna.

¡Increíble! Los pínfanos decidieron el adquirir un Santo Cristo, para la capilla del colegio, que recordara la epopeya de la postulación de los distintos C.H. en un objetivo noble.

Cuando el Cristo tomó posesión en la capilla, alguien apuntó:

—¿Este es pínfano o aspirino?

El ser pínfano es tener el padre en "la Gloria", la solución era obvia. Era un pínfano.

Ahora bien, todo pínfano tiene su número.

Se habló con el director y afortunadamente no era el Zupo pues de serlo me imagino a dónde hubiesen ido la comisión del Cristo y hasta el mismo Cristo. Total que se miró la lista y había quedado en el 715.

Cristo, pínfano número 716.

No tiene ni sección ni dormitorio.

Por prerrogativa divina vivirá en la capilla.

A partir del día de la fecha está condenado a soportar todas las lloradas de sus compañeros de pinfanitis y a elevar a la superioridad todas la peticiones que se le hagan.

Como recompensa recibirá las cadeteras de los compañeros que ingresen.

Tres notas para el final:

—En la época que ocurrió esta historia una barra de pan costaba 5 pts., un litro de leche 10 pts., y un kilo de carne 20 pts. Una viuda de Comandante con tres hijos cobraba 1.123 pts. al mes.

Pese a su enchufe, el 716 no ingresó.

El pínfano 616, pasó a llamarse San José.

En fin, así me lo contaron y así lo cuento y si no fue así, mereció serlo.

CAPITULO XI

LA INMACULADA

Tengo en mis manos un programa amarillento en forma de tríptico, adornado en su interior con una "estampa" de la Purísima Concepción de Murillo y relata lo que era el día más grande en la vida del Colegio.

Programa de fiestas que el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército de Carabanchel Alto dedica a su excelsa patrona María Inmaculada.

8 de Diciembre de 1966.

De esta forma rezaba en su portada. En el interior paso a relatar, ya comentado, lo que era y para mí sigue siéndolo, pese a las influencias de El Corte Inglés, el Día de la Madre, que para un pínfano como es natural y lógico pasa a titularse el Día de la Viuda.

DIA 7

Final de las competiciones deportivas. Balonmano,

baloncesto, frontón y atletismo.

Si una persona ajena al colegio echase un vistazo a este programa pensaría que un mes antes los distintos equipos habrían hecho los octavos de final y después unos cuartos etc., etc.

¡Qué risa! Como podría hacerse eso si sólo teníamos un equipo. Se formaba, se entrenaba y después retábamos a los de Carabanchel Bajo, víctimas propiciatorias y cómplices indirectos de nuestros triunfos.

¿Cómo podrían ganarnos si al marcar el campo de balonmano, con un palo sobre la tierra, claro, lo de la cal y el césped era para gente civilizada, cómo — repito— podrían sólo intentar un «tet a tet» si su área siempre era menor que la nuestra? Lo curioso es que si protestaban se medían unas siete veces y siempre daba que eran iguales.

¿Cómo podían ellos saber las imperfecciones de los tableros de baloncesto que si tirabas normalmente no entraba el balón ni con vaselina?

Había que saber que el tablero pintado de rojo tenía el aro más duro que el pintado de azul y que este último si tirabas a la derecha del aro había un nudo en la madera del tablero que hacía que el balón bajase como una flecha.

Y qué hablar del frontón. ¿Cómo competir con un zurdo que a ojos vistas tenía la parte derecha del cuerpo como "Rambo" y era su parte floja al lado de su izquierda? ¿Cómo ganarle a un hombre que era el rey en que la pelota diese entre la pared y una canalera y cayese rebotando de una a otra posándose suavemente en el suelo del frontón? Hubiese sido imposible repetir la hazaña de hacer que la pelota rebote 12 veces en 12 tantos, no en el suelo sino en la ventana de la

izquierda o en las columnas de la pared derecha.

Para finalizar decir que cuando todo esto lo tenías controlado y corrías como un poseso a estos puntos, aquel malvado zurdo podía soltar un zambombazo que ponía la pelota a 30 metros del frontón, con lo cual la moral y por supuesto la fortaleza sufrían un poquito.

En fin, ¿cómo un pobre pínfano del Bajo iba a ser rival del 1009, un tal Felipe García Gómez, el zurdo con más "Gómez" que he conocido?

Finales de atletismo.

¿Quién es capaz de conocer en un simple reconocimiento del terreno, dónde está el maldito hoyo que siempre que corres hace que te dé un tirón la pierna? ¿Cómo apreciar que en la mitad del pasillo de salto de longitud hay un montículo que te hace perder el paso? ¿Cómo saber que al soporte izquierdo de la barra de salto de altura le puedes pegar una patada, que el listón ni se inmuta? ¿Cómo saber que el peso que lanzan los del Bajo y los del Alto no son iguales por que hay uno que está hueco?

En fin, como se podrá deducir de estas pequeñas tropezadas, los del Bajo subían a pasar la tarde, comerse un bocadillo y ver a sus hermanos mayores cómo se divertían con sus hermanos pequeños.

¡Ah! Una aclaración, aunque también era su patrona "las finales deportivas" nunca se celebraron en sus instalaciones.

Está claro.

Sigo con el programa.

A las 18.00 horas: Final de la competición de los juegos de ping-pong y ajedrez.

Sería porque nunca me fijé, sería porque coincidían

con el atletismo, la verdad es que no sé si se celebró nunca una competición de estos dos últimos juegos.

Estoy convencido de que cuando estas líneas caigan en manos de mis compañeros, seguro que me recordarán amigablemente (que Dios nos coja confesados) más de mil anécdotas que ahora mi mala memoria me niega. La visión de un pínfano pensante ante un tablero de ajedrez casa poco con la visión que tengo de nosotros mismos, pero...

¡Que suenen las fanfarrias, timbales y chirimías, todos en pie, el Himno Nacional!

HA LLEGADO EL DÍA 8

Para empezar hoy nos vestiremos de personas. Dejaremos en la taquilla nuestro trapillo y nuestras sandalias y hasta nos pondremos calzoncillos limpios.

Somos así. Pasamos de la armadura y de las abarcas al algodón, al tisú y al cuero repujado. Es una forma muy elegante de decir pantalón vaquero y mocasines.

DIA 8

A las 8.00 horas	Desayuno
De 10:30 a 11:00	Misa de comunión
De 11:00 a 13:00	Entrega de premios
De 13:00 a 14:00	Sesión de cine
De 13:00 a 14:00	Concierto del quinteto del colegio
A las 14:00	Comida bajo la presidencia del señor Coronel Director, con asistencia del profesorado y empleados del colegio

¡Dios mío! ¡Cómo empezaba el día! Anunciando el desayuno, que en un apartado decía: minuta (siempre he pensado que esta palabra es muy pínfana pues debe llamarse así por el tiempo que a un choetano le dura

la comida más copiosa del mundo en el plato).

Chocolate, vaso de leche, churros, mermelada y suizo.

Tan separados estábamos del mundanal ruido que hubo alguno que preguntó qué era el suizo. Las respuestas eran variopintas.

Desde que al ser mejor la leche la suiza por no repetir en el programa otro vaso de leche, con poner suizo se sobrentendía. Hasta hubo uno que dijo que durante el desayuno vendría Guillermo Tell a contarnos alguna batallita.

La verdad es que allí ponía "churros" y al menos nos comeríamos 2.

A las 10.30 horas misa de comunión. ¿Qué pasa, que el resto de las misas no son de comunión...?

Después llegaba la entrega de premios donde a los ganadores de cualquier prueba de los días anteriores se les entregaba un sobre con dinerete.

En la capilla se cerraban mediante puertas o fuelles, el Altar Mayor y la capillita del 716, quedando un magnífico salón de actos que era el marco ideal para cualquier celebración. En ese marco excepcional se iban nombrando a los héroes que de uno en uno salían a recibir su óbolo.

Siempre dije que esa entrega de premios se podía celebrar antes de los juegos. ¿Quién iba a quitarle el premio de frontón a Felipe?, ¿y el correr en lo que fuera a Balmori?, ¿y si era a saltar a Juan Enrique García Sánchez (número 1148? Así y todo el protocolo era el protocolo.

Yo me llevé un sobre que decía (el cual todavía guardo): Al mejor deportista: 50,- Pts.

Lo que se traduce en que participé en todo y no gané

nada.

Después de esto venía el cine que si he de ser sincero y como estaba en lo del quinteto que estaba a continuación, o sea más nervioso que un flan y dando y dando los últimos guitarrazos, no recuerdo la película que nos sacudían pero conociendo el percal apuesto por «La fiel Infantería», «Bienvenido Mister Marsall» o «Locura de amor» que todo podía ser.

A continuación lo del quinteto.

La verdad es que se traducía en una serie de actuaciones de todo tipo que tenían como núcleo central o plato fuerte al quinteto músico-vocal de la Promoción XXVI.

(Teníamos a un cantante con cierto aire de Elvis en sus movimientos, con su mandíbula ligeramente torcida y con su maravilloso carácter que llevaría un libro así de gordo hablar de él. Sólo diré que mi cariño por su persona me obliga a obviar todo lo que no sea anécdota por no ser yo en absoluto objetivo).

En plena actuación del conjunto Chiqui se contorsionaba al ritmo de la música y su cara reflejaba ese éxtasis que los músicos sienten dentro.

El Zupo, en un alarde de displicencia (estábamos en el día de La Inmaculada), observó:

—Chiqui tiene que ir al botiquín, por la cara que pone y por lo que se retuerce debe tener úlcera o algo del estómago.

En fin la verdad es que el Teco-teco, Medina, Javier Cánovas, Chiqui y yo, con unos medios más que discretos, conseguidos según supimos más tarde con el pecunio del Padre Cuevas, hacíamos aquellos ruidos que decían música, que cantábamos en italiano (macarrónico) que era lo que se llevaba y que nos quitó

alguna hora de estudio obligatorio, lo cual se puede clasificar de milagro.

Y por fin LA COMIDA. Lo anterior y lo siguiente eran meras anécdotas, pajillas en el viento, pelusillas.

COMIDA

Entremeses	Queso, jamón, salchichón, aceitunas y vino
1 ^{er} plato	Consomé de pollo
2 ^o plato	Merluza con mayonesa y espárragos
3 ^{er} plato	Pollo asado con champiñón y ensalada
Bebidas	Vino tinto
Postres	Manzanas, plátanos, tarta helada, café, anís o coñac

Este menú era leído, releído, memorizado, cantado y rezado desde los 10 días de antelación que era cuando nos entregaban los programas.

¡Pero lo habéis leído bien!

En los entremeses había hasta eso que llaman jamón. Pequeño, delgado, solitario, con más tocino que otra cosa pero ¡jamón! Y el vino, ¿qué tenéis que decir del vino? La verdad es que no lo querría un pacifista. Lo digo porque más que peleón era un boina verde «ca-breao», pero vino al fin.

Consomé de pollo, nada de avestruz, consomé y con la merluza mayonesa. Nada de mahonesa traída de Mahón, mayonesa fresca del año, hecha en Mayo, de ahí su nombre.

Y luego pollo y más vino y frutas y tarta fría (lo de helada, dadas nuestras instalaciones era difícil) y agua negra que llamaban café y licores. Total un derroche.

¡Ah! Y nada de productos extranjeros, champiñón y coñac, que los «champignones» y el «cognac» son frivolidades y aquí somos muy españoles.

Total que todo esto que a cualquiera hubiese hecho quedarse como una boa, a un pínfano todo esto se le podría dar a comer de nuevo a los 10 minutos de terminar.

Reza el programa que el día 9 a las 8:30 horas misa de difuntos en sufragio de los padres de los alumnos huérfanos, de los jefes, oficiales, profesores y alumnos fallecidos.

No tengo buena memoria pero no sería nada de extrañar que para poner orden en nuestros espíritus después de tanto desenfreno, no nos metieran dos exámenes de 6 horas, uno de trigonometría espacial y otro de teoría de errores, pongo por caso.

Y otra vez a la rutina, Correa Morilla queriendo dar un parte de la Antonia que nunca dio, Molano chillando más que de costumbre, Navas haciendo de... de Navas y todos de vuelta a nuestras manías y ya casi oliendo a Navidad, que lo de oler a un pínfano siempre se nos ha dado muy bien.

CAPITULO XII

EXAMEN

Hace pocos días.

—Hijo, ¿hoy qué tenéis en el instituto?

—Nada importante. Un examen en forma de test. Media hora y a tomar el sol al parque.

Y se fue tan feliz al examen.

Hace algo más que unos pocos años.

—Mañana examen. El libro primero de Análisis matemático, 10 preguntas y 4 problemas.

¡Madre mía!, (traducido a pínfano ila viuda!) 6 horas de sufrimiento, parto, estrujamiento cerebral y fumada de pavas en grado sumo. Y lo que más animaba era nuestra especial forma de test.

—Diga todo lo que sepa de las ecuaciones diofánticas.

Había auténticos artistas de unir la pregunta con el teorema de Pitágoras, con el triángulo de Tartaglia y la caída del imperio romano de Occidente, con lo cual llenaban folios y folios que a los pobrecillos que estábamos a su lado, que nuestros conocimientos y habilidades eran más bien escasillos, nos daban un complejo tremendo.

—¿Que se yo de ecuaciones diofánticas?

Si fuese de ecuaciones dio-fánticas o de ecuaciones pónticas. Para canciones fantásticas las de la tarde del Domingo con Angelines. Qué risa más tonta le entró cuando le dije aquello de:

—Angelines se te ven los pirulines.

Y después... ¡Ah! Después cuando...

Señores, la trampa acaba de caer. Se impone un éxtasis transitorio en el cual el pínfano desaparece del lugar físico en el que está, para que su espíritu haga la traslación más absurda y más extraña por los lugares más fabulosos que seamos capaces de imaginar.

Si observamos su cara de cerca, veremos que no ve, escucharemos que no escucha. Sus pupilas están dilatadas, una cara de pánfilo y de lelo impronta su cara. Está relajado, su respiración es lenta e incluso un poquillo de baba le puede caer de la comisura de sus

labios.

A esta situación, a este viaje astral el pínfano le ha bautizado como "PENSADA".

Es el arma secreta del pínfano. Las cosas pueden ir mal, el que te habla puede ser un ladrillo tremendo, lo que estás viendo puede ser desagradable o traerte sin cuidado, entonces en ese mismo momento se impone "LA PENSADA".

Estoy convencido de que un ser psíquicamente invencible es un espía pínfano.

Me imagino a la CIA o a la KGB intentando sonsacar algo de dicho personaje y él a lo suyo. Físicamente está allí pero su espíritu... si ellos supieran.

—¡Díganos cuáles son los planos de sus aliados!

El pínfano analiza.

—¿Planos de aliados? Yo sí que me he liado con algunos planes... y para plan, el de Angelines la de los pirulines, aquella que conocí cuando estaba en el CHOE. Recuerdo aquella tarde que... ¡Ah! y después cuando...

—¡Háganos un examen analítico de la situación!

El pínfano analiza.

—¿Examen analítico? Qué sabrán estos de exámenes. Para exámenes analíticos y matemáticos los que nos clavaban en el CHOE. Seis horas seis. Recuerdo uno que nos preguntaban por la ecuaciones diofánticas que me metí una PENSADA CON ANGELINES la de los pirulines que... ¡Ah! y después cuando...

Total lo dicho. El espía pínfano terminaría con toda la paciencia, lógica y sabiduría de aquel que intentara sonsacarle lo que fuere.

Esta propiedad que parece en sus principios buena, es también un problema si no se sabe dominar. Sabido

es que nuestro mundo está más lleno de cosas desagradables que buenas, bellas y bonitas (recordar aquello del valle de las lágrimas) con lo que corres el peligro de pasarte la vida en UNA PENSADA sin fin.

Sócrates dijo del hombre que era la medida de todas las cosas en tanto que piensa. Eso está bien para la normalidad de las personas, pero para un pínfano no sé si vale la definición porque a saber qué es en lo que piensa.

De todas maneras a Sócrates le tachan de pensador pero yo creo que jamás se pegó una PENSADA como Dios manda y menos con Angelines la de los pirulines aquella que una tarde yo le dije... ¡Ah! y después cuando...

Higinio, como pínfano veterano de primer año de preparación militar, aprendió.

¡Toma que si aprendió! Aprendió a hablar y pensar como un pínfano, a guardarse y racionarse sus papeles para el pecho y a fumar pavas y a tratar a los inspectores y no tratar al Zupo e ir capeando el temporal.

Lo cierto es que el examen fue un completo fracaso. Dibujos bien hechos sí que había, que un pínfano con un cordón de un zapato hace auténticas maravillas, rectas, circunferencias, ángulos y hasta una copia de la Maja de Goya si hubiese menester (la desnuda, se entiende).

Quién no recuerda aquella anécdota de Úbeda (10 67) en la pizarra con el capitán Lobo García. Este último tenía mil veces dicho que para trazar una circunferencia primero había que marcar el centro con un crucecita así de pequeña. Úbeda, sin hacer dicho protocolo, quiso trazar su circunferencia con el susodicho cordón de zapato.

Al ir a dibujarla el Lobo con aquella voz melodiosa, dulce y acariciadora donde las haya dijo:

—¡¡¡NO!!!

Volvió a intentar el dibujo cruzando los brazos de derecha a izquierda pensando que la cuestión era que saliera de un solo trazo. Lobo espetó de nuevo.

—¡¡¡NO!!!

Volvió el pínfano a retorcerse en su afán de que sus brazos hiciesen la circunferencia feliz.

—¡¡¡NO!!! ¡¡¡NO!!! ¡¡¡NO!!!

Con cara de desespero, con los brazos caídos y con su voz un poco gangosilla, se volvió a Lobo y le dijo:

—Pero bueno... ¿la pinto o no la pinto?

En Londres en el museo de los horrores hay una escena de figuras que representan lo que pasó después.

Como podéis comprobar el autor de estas pobres líneas, este modesto escritor, pínfano al fin, en vez de hablar de un examen que era la cuestión de este capítulo, navega en las nubes, PENSADA dejándose transportar por los aires cual su fuese un ángel. Hablando de ángel, me acuerdo de una tal Angelines la de los pirulines que una tarde... ¡Ah! y después cuando...

CAPITULO XIII

A MODO DE EPILOGO

Como se pretendía en un principio, Higinio se ha transformado. Ya es un pínfano (¡casi ná...!).

A base de levantarse a las 7 de la mañana, vestirse de trapillo, usar sandalias con calcetines de lana, fumar

pavas, aguantar a inspectores, comer arroz con leche, pelotas y tiburones y sobre todo estudiar. Estudiar hasta lo indecible, soñar con problemas, fichas de física, trigonometría espacial, análisis matemático, teoría de errores, geometría, etc., etc.

Higinio ha cambiado, a partir de ahora palabras como keo keo, Zupo, CHOE, pínfano, pava, trapillo, quiniela o viuda tendrán otro significado distinto al de otra persona que no sea de su entorno.

—El virus que estaba con el 716 es un aspirino que utiliza las quinielas para papel para el pecho.

—¡Jo! ¡Que pegada! Su viuda es amiga de Catanga.

—¿Del Evidente o del Zupo?

—¡Keo, Keo! ¡El Cirineo!

Como muestra vale un botón.

Si a su manera de pensar nos referimos, el pínfano Higinio sólo tiene dos fijaciones, ingresar y mujeres.

*“Siento en mi pecho
ostentar los cordones
de la Academia General Militar
cuando con ellos
me presente a mi madre (novia)
cómo voy a fardar”.*

Lo de mi madre o mi novia depende del grado de nostalgia que padezca en ese momento.

Esperará con ansiedad la carta que recibirá la viuda días antes de los exámenes de la AGM, que le dirá de parte del Coronel Director aquello de: Su hijo Higinio tiene o no tiene posibilidades de ingreso, por lo que...

Y aquel telegrama postal de la jefatura de estudios de la AGM que le comunicará qué día ha de presentarse

a los exámenes.

Entre otras cosas le dirán "tiene que presentarse provisto de los efectos que a continuación se expresan":

Paso a citar textualmente:

«Efectos:

—*Pluma estilográfica. Bolígrafo azul o negro.*

—*Regla del cálculo.*

—*Útiles de dibujo. Tablas de logaritmos (Graíño, Shton, Sánchez, Ramos o Gallet).*

—*Diccionario inglés o francés.*

—*Camiseta, pantalón de gimnasia y alpargatas».*

Palabrita del Niño Jesús que ya teníamos zapatillas de deporte.

Total que tenemos a Higinio como un flan colocando la toalla todos los días al pie de su cama, durmiendo apenas, descansando apenas y comiendo apenas, esto último como siempre y como es natural. Está en el CHOE, ¿que se ha creído éste?

Pasará por la clásica crisis de que cada vez se acordará menos de las cosas, de quedarse con la mente en blanco, de que aquello que sabe de sobras no le vendrá a la cabeza, de... en fin qué os voy a contar que no sepáis ya.

Pasará por el almacén donde le sacudirán el uniforme azul con óvalos en las solapas con el emblema del Ejército, corbata negra, zapatos negros y calcetines negros.

Entregará a falta de dos días para el viaje a Zaragoza los libros. Se los mirarán uno por uno a ver si los ha deteriorado, cosa que sí así fuese se los harían pagar y pasará por el almacén a entregar sus prendas que

sufrirán la misma inspección.

Aparecerá por el colegio la lista de los oficiales y jefes que componen los distintos tribunales de la AGM y los más veteranos del colegio irán diciendo aquello de:

—Pues este es una madre, pero este otro...

Es curioso pero es seguro que él tiene en el tribunal a las madres y los demás a los otros.

—El Martín Pérez ¡anda que no es majo ese tío! Tú le dices que eres del CHOE y te echa una mano en lo que sea.

Estos que hablan así hablan por boca de compañeros cadetes ya ingresados y que cuentan cómo les va en la Academia.

Esa es otra. Cuando un antiguo pínfano aparecía vestido de cadete en el colegio producía más revuelo, admiración, respeto y envidia que si un marciano hubiese aterrizado en la Cibeles.

—¡Un cadete! ¡Un cadete!

Se le hacía corro, se le escuchaba, se le ofrecía de fumar (un cigarro, no una pava) y se quedaba uno con una cara de pasmarote que se tardaba en reaccionar.

En el colegio podían aparecer alféreces, tenientes, capitanes o generales con mando en plaza, pero no, lo que organizaba el revuelo era el cadete. Aquellos angulitos maravillosos de la gorra y sobre todo aquellos cordones granate con unos clavos dorados dando destellos por doquier.

Después de aquellas visitas se imponía una pensada general.

Zaragoza. Primera visita y a falta del 716 a la Virgen del Pilar. Con fervor, devoción, súplica, lágrimas y miedos le pedíamos el ingreso.

Higinio no faltó a su cita a los pies de la Pilarica y cómo estaría que ni se enteró de la cagada de paloma que llevaba en el hombro derecho. A continuación a la pensión a darle al estudio. Después le llamaron para ir a Larfán, aquel sastre de la calle Don Jaime que te tomaba medidas para el uniforme en espera de si ingresabas o no. Siempre me pregunté cómo conseguían las listas de los que ingresaban antes de que se publicasen en la mismísima Academia.

Y una mañana ¡hala!, a verle los «congojos» al caballo de Franco y a los tuyos no los busques en su sitio.

Higinio pasó bien el examen médico aunque se atascó con el trabalenguas aquel de:

—Tercer regimiento de Artillería Ligera de Montaña.

Por un momento pensó que lo echaban por tarta.

Pasó las pruebas físicas, ni que decir tiene.

Un tío que es capaz después de comer una fabada, pegarse un partido de béisbol con una pelota de frontón y por bate un palo de espaldera, vestido con el trapillo y en sandalias, le van a asustar las pruebas físicas de la Academia.

—Eso está chupao.

Lo malo empezó al día siguiente. Análisis matemático, teoría. De 8 de la mañana a 2 de la tarde. Bocadillo, paquete de cigarrillos y ¡hala! a parir.

Para salir al baño, aquellos ordenanzas que te acompañaban y te vigilaban y que tenías que hacerlo todo con la puerta del servicio abierta. Higinio en un momento en el baño pudo echarle una ojeada a sus chuletas pero justo llevaba la pregunta anterior y posterior. Murphy vencía de nuevo.

Al día siguiente sin solución de continuidad Análisis

matemático, problemas.

De 8 de la mañana a 2 de la tarde.

Higinio como es natural a la vuelta de cada examen analizaba, comparaba, y recordaba lo que había puesto con las fichas y apuntes, alegrándosele la cara y arrugándosele el corazón.

Y así día tras día hasta acabar los exámenes. Ahora sólo quedaba esperar la comunicación de la Academia.

Por fin llegó el oficio del Ministerio del Ejército que rezaba:

Su hijo Higinio Zarzoya Tardón ha sido designado para ocupar plaza como alumno interno en el Colegio de Huérfanos Carabanchel Alto, c/ Generalísimo Franco, 21, Madrid, debiéndose atenerse, a los efectos de incorporación, a la instrucción que a continuación se menciona, etc., etc.

Higinio, como es natural en el primer año, no ingresó.

!!!FALTARÍA MAS!!!

SEGISMUNDO “MUNDI”

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

El hombre del tiempo había acertado la noche anterior cuando, al final del telediario, anunció que al día siguiente, en la Comunidad valenciana luciría el sol, con cielos despejados y las temperaturas en ascenso. Eran las once de la mañana y las sombrillas de alquiler de la playa estaban todas ocupadas, el calor apretaba, no soplaba ni una brisa de aire y el termómetro marcaba 26°. En el lugar de costumbre, primera fila de sombrillas, Segismundo y su familia tenían reservadas dos sombrillas y cuatro hamacas que compartían: su mujer, su suegra, sus dos hijos, chico y chica y él.

Se dice, que el hombre es un animal de costumbres y esta familia no era la excepción de la regla. Desayuno en el hotel sobre las nueve y media, bajada a la playa, que estaba pegada al hotel, y entonces, mientras sus hijos jugaban unos interminables partidos con las paletas con el consiguiente cabreo de más de un bañista, su mujer se embadurnaba de crema y procedía a tostarse vuelta y vuelta, su suegra se colocaba a la sombra en la hamaca tratando de resolver un libro entero de crucigramas, cosa que se le daba muy bien, él Segismundo, se colocaba un gorrillo para

evitar insolaciones, ya que, a través del cabello, empezaba a clareársele el cartón y con una mini-radio de auriculares y las chanclas en la mano, se perdía en un interminable paseo por la orilla de la playa, con el agua dándole en los pies. Después regresaba, se daba un buen baño, se tumbaba en una hamaca a secarse al sol y a continuación se colocaba a la sombra a leer el periódico y escuchar la radio. Luego vendría lo de las cañitas y unas tapas en el chiringuito antes de comer.

La verdad es que lo de leer el periódico y escuchar la radio era una tapadera para poder embeberse en sus pensamientos y recuerdos sin que nadie le molestase. O sea, Segismundo, se entregaba de lleno al mundo de la “pensada”. Ese término y lo que ella representaba, lo había aprendido y puesto en práctica en los colegios por los que había pasado; era frecuente ver a un compañero ensimismado, mirando sin ver y dando la sensación de estar muy lejos. Cuando alguien se dirigía a él, el aludido, contestaba con aquello de: “Déjame, estoy de pensada”. Había una especie de código por el que se trataba de respetar al que estaba en aquella situación.

A Segis, porque así era como le llamaban de pequeño en casa, esa costumbre se le había quedado grabada y la ponía en práctica con mucha frecuencia. En infinidad de ocasiones su mujer tenía que devolverle al presente un tanto cabreada:

—Segis, cariño —le decía— aterriza que llevas más de media hora haciendo como que estás no estando y sin hacer caso a nada de lo que te estoy hablando.

—Perdona, se me había ido la mente a otra parte—, se disculpaba Segis.

Así que, aquella mañana calurosa del mes de agosto, Segis, parapetado detrás del periódico y con los auriculares puestos, se “fue” muy lejos, a sus primeros años de colegio porque, Segis, era pínfano desde que cumplió los nueve años.

Los primeros años de la existencia de Segis fueron de felicidad, dentro de las limitaciones de la época. Su padre, militar, a finales de los 40 fue destinado a una pequeña capital de provincia del norte, de donde era originaria su mujer y en donde estaba ubicado un Regimiento de Artillería. Allí nació Segis. Con ellos vivía una tía soltera, hermana mayor de su madre, enfermera de profesión, que antes de estallar la guerra civil se fue a trabajar a Londres. Una vez finalizada la II Guerra Mundial, decidió regresar a España. Se quedó a vivir con ellos y pronto encontró trabajo como enfermera con un prestigioso analista. La tía Rosa iba, en cuanto a costumbres, quince o veinte años por delante de las que se estilaban en aquella ciudad. Con frecuencia, vestía con pantalones y era corriente verla fumar por la calle. Esos comportamientos rompían moldes y a menudo, eran tema de comentario entre los que la conocían y los que no. Colaboró de lleno en la educación de Segis. De entrada, les planteó a los padres de la criatura la conveniencia de la educación bilingüe para el chaval, cosa que no les pareció mal, aunque en aquellos años no era habitual. A sí que ahí estaba Segis, con ocho años, hablando con la misma facilidad el inglés que el español. En casa, su tía se dirigía a él únicamente en inglés, lo que a veces mosqueaba a su padre que desconocía el idioma, por eso, a la hora de las comidas, sólo se hablaba el idioma de Cervantes.

Un día, la tía Rosa, llegó a la conclusión de que la

ciudad se la quedaba pequeña y decidió volverse a Londres. Segis, tenía un poco más de ocho años y recordaba, sentado en la hamaca mientras su suegra seguía con lo de los crucigramas, que la marcha de su tía fue como el pistoletazo de salida de sus desgracias, amén de la pérdida temporal de un ser querido con el que había desarrollado unos lazos de complicidad, diferentes a los que sentía por su madre, pero igual de entrañables.

Las guerras, en las personas que toman parte en ellas, o en las que las sufren, tienen un doble efecto, el inmediato, de cuyos resultados dan cuenta los partes de guerra y las estadísticas y los secundarios. Éstos son como una especie de bomba con espoleta retardada, cuyos efectos afloran tiempo después. Éste fue el caso del padre de Segis. Tantas noches de frío, a la intemperie con temperaturas por debajo de cero, alimentación deficiente y falta de cuidados, hicieron que cogiera una neumonía que curó mal. Como secuelas le quedaron una tosecilla y algo de fatiga que él achacaba al tabaco. Hasta que la cosa se puso fea. Llevaba un tiempo con catarro, combatiéndolo a base de aspirinas, pero llegó un momento en que, aquello, no dio más de sí, la fiebre le subió una barbaridad y durante dos días estuvo produciendo un montón de flemas que era incapaz de expulsar. A pesar del tratamiento con antibióticos que le aplicó, el médico de cabecera, no pudo evitar que se le inundaran los pulmones y falleciera.

A Segis se lo llevaron a casa de unos familiares y hasta que no enterraron a su padre no volvió con su madre. Ver a su madre le impresionó. Aquella imagen de su madre, abriéndole la puerta vestida de negro, no se le borraría de la cabeza en la vida. Ella era de por sí

de tez blanca, pero el vestido negro acentuaba mucho más su palidez. Aun hoy, pasados los años, cuando Segis se acordaba de su madre la primera imagen que le venía a la memoria era la de aquel día. En cierta ocasión, años después, en una conversación con otro pínfano, éste le dijo que, en aquellos años, el negro de las viudas de los militares daba la sensación de ser más negro que los demás y Segis, rememorando la imagen de su madre, estuvo de acuerdo.

Los acontecimientos para Segis se precipitaron de forma imparable. Su madre se quedó con una magra pensión y los compañeros de su marido le hablaron de los colegios de huérfanos y de la conveniencia de que mandara a Segis a uno de ellos. Ahora, pasado el tiempo, Segis adivinaba el dilema al que tuvo que enfrentarse su madre y la lucha que debió de librar entre el cariño, que le impulsaba a no separarse de él y la posibilidad de ofrecerle un porvenir. Debió de costarle mucho ,hasta que, un día, sentados los dos frente a frente mientras desayunaban, le habló de que tenía que ir a un colegio interno, de que debía portarse como un hombrecito y de que todo era por su bien. Todo eso se lo dijo con unos ojos irritados, pensaba ahora Segis, producto de una noche de llanto continuo y luchas consigo misma .

CAPÍTULO II

Los preparativos para ir al colegio fueron breves ya que, el representante del Patronato, le explicó a su madre que en el colegio le darían de todo. En los días que pasaron hasta la partida, Segis, recordaba haber

recibido una carta de su tía Rosa, en inglés por supuesto, que todavía conservaba y que fue para él el punto en el que apoyarse para iniciar la nueva etapa de su vida.

Y llegó el día. Su madre le acompañó hasta la estación, Segis llevaba una pequeña maletilla de cartón que apenas pesaba, porque poco llevaba dentro. Fueron los dos a un despacho donde estaba el que, con el tiempo, dedujo que era el Jefe de estación y con el que su madre mantuvo una conversación. Cuando llegó el tren, su madre le abrazó con una fuerza inusitada, el recuerdo de la presión de los labios en su cara, mientras le cubría de besos, le duró a Segis mucho tiempo, tanto que, aun ahora, parecía sentirla. El futuro pinfanillo puso en práctica, aunque a duras penas, uno de los consejos de la carta de su tía Rosa y no lloró. A partir de ese momento comenzó una especie de carrera de relevos en la que Segis era el "testigo" a entregar. El Jefe de estación le cogió de la mano y le llevó hasta uno de los vagones de donde bajó un guardia civil y se hizo cargo de Segis. Éste a su vez, cuando llegaron a la estación de traspaso, lo entregó a otro Jefe de estación que, cuando llegó el tren que debía tomar Segis, lo puso a cargo de los guardias que venían en él. Éstos, finalmente, lo entregaron a un representante del Colegio que salió a recogerlo en la última estación, la de destino.

Así hizo Segis su primer viaje en tren, custodiado por la Guardia Civil. La verdad es que se portaron muy bien con él; le acomodaron en un departamento y durante todo el viaje hicieron varias visitas para ver que tal iba, y Segis iba de maravilla. Cuando los del departamento se enteraron de que era huérfano se deshicieron en atenciones. Todo el que sacaba algo de

comer le ofrecía e, incluso, le obligaban a que comiera y Segis comió de todo: pan de hogaza con chorizo, jamón, queso, hasta bacalao en una tartera que sacó uno de los viajeros y fruta y agua. A Segis, es como si su subconsciente le previniera que debía acumular energías y llenar el estómago por lo que pudiera pasar. Ahora recordaba el viaje y no podía quitarse de la cabeza la sensación de lo enormemente largo que había sido, la oscuridad de las estaciones por las que pasaban cuando llegó la noche y la cantidad de carbonilla que había acumulado. Le había dado tiempo de comer, dormir, aun con la incomodidad de aquellos vagones, escuchar las conversaciones de los pasajeros, contestar a lo que le preguntaban, y ver el paisaje que, conforme se iban acercando a su destino, se hacía cada vez más verde. El final del viaje era Padrón, un pueblecito de la provincia de La Coruña donde se encontraba ubicado el colegio.

Cuando traspasó las puertas de aquel colegio, el huérfano Segismundo se convirtió en el pínfano Segismundo que parece lo mismo pero no es igual, ya que, en este aspecto, la semántica es importantísima. A Segis el colegio en si le impresionó, piedra, mucha piedra y mucha ventana. Las monjas, con aquellas tocas, le impresionaron más todavía y cuando por fin, después de que le hubieran pelado, duchado, vestido con lo que sería su segunda piel, el trapillo y hubiese empezado a conocer a compañeros nuevos, pudo meterse en la cama de aquel dormitorio corrido y las luces se apagaron, Segis, lloró en silencio desconsoladamente.

De que su vida había dado un cambio drástico se dio cuenta de inmediato. Por cambiar le cambiaron hasta

el nombre. A los coleguillas les hizo gracia lo de Segismundo y aunque él les dijo que le llamaban Segis a ellos les pareció más natural llamarle Mundo y no contentos con eso, ese apelativo lo fueron cambiando por el diminutivo Mundi y con él se quedó. A lo largo de su vida pinfantil ese fue su nombre de referencia y con el devenir del tiempo si alguien le llamaba así, bien por teléfono o por la calle, sabía que era un compa de sus años de pinfanato.

Mundi, cuando salió tres años después de aquel colegio, se hizo la firme promesa de olvidar todo lo que allí había pasado, de autoconvencerse de que aquello había sido un mal sueño. Porque Mundi allí lo pasó muy mal, sobre todo el primer año. Probablemente a esa edad no se está preparado para asumir esa sucesión ininterrumpida de acontecimientos y situaciones y más si no se tiene al lado una madre a la que contar las penas y de la que recibir consejos. Aunque era buen estudiante, era niño y como niño hacía travesuras que no siempre eran entendidas como tales por las monjas, lo que originaba castigos impropios de aplicar a un niño de esa edad, aunque Mundi reconocía que no todas se portaban igual. Le costó hacerse al gusto de las comidas que les ponían, por otra parte no muy abundantes, más bien nada abundantes, le reventaba el tener que restregarse las orejas con agua y jabón todos los días por las mañanas como si tuviera que sacarles brillo, dormía mal pues le daba reparo el soñar en voz alta y que sus compañeros se enterasen de sus secretos, en definitiva no estaba a gusto. En aquellos tres años en el colegio, alcanzó la pubertad, el trato diario y continuo con niños mayores que él y el ascendente que éstos tenían sobre los pequeños hizo que despertara a la vida mucho antes

de lo que lo hubiera hecho de haber permanecido en su casa. Hizo amigos de los que nunca se olvidan, aunque luego los años les separarían. Con ellos compartía penas y alegrías y eran la tabla donde asirse cuando las cosas iban mal. Tuvo que aprender a valerse por sí mismo, pero por las noches, muchas noches, seguía llorando en silencio.

Normalmente, un par de veces al mes recibía carta de su madre que leía y releía hasta casi aprendérselas de memoria, luego las volvía a meter en el sobre y las guardaba como su pequeño tesoro. alguna de las cartas solía coincidir con algún pequeño paquete en el que predominaban las galletas de coco que tanto le gustaban. El día que recibía carta, cuando llegaba la noche, se dormía sintiendo en la cara los últimos besos de su madre en la estación, porque seguía siendo un niño. De su tía también recibía cartas aunque de forma más esporádica. alguna de ellas se las enseñaba a sus amiguetes para que vieran que estaba escrita en un idioma que ellos no entendían; esto le daba cierto prestigio en su círculo de amistades. Por una de las cartas de su madre, se enteró de que pasaría las navidades en el colegio y que no volvería a casa hasta el verano. El mundo se le vino encima aunque le ayudó a superarlo el ver que no era el único y que alguno de sus mejores amigos correrían la misma suerte. No fue la única Navidad que Mundi pasó en el colegio. Al año siguiente sucedió lo mismo y fue al tercer año cuando pudo ir a casa por vacaciones de Navidad. Su madre había cogido a “pensión” a una maestra nacional recién destinada a una escuela de la ciudad y pudo pagar el viaje de Mundi. La habitación que había ocupado la tía Rosa ahora la ocupaba la maestra. Pero desde entonces las fiestas de Navidad le traían a la

memoria la congoja y la tristeza de aquellas dos navidades que pasó en el colegio, a pesar de la voluntad de las monjas por hacérselas agradables y de aquellos militares que vinieron el día de Reyes para entregarles parte de los juguetes que habían pedido en las cartas a SS.MM.

Las navidades van unidas al frío y el frío para Mundi fue una constante en su paso por los colegios, sobre todo en los dos primeros. Era un frío horroroso que le entraba hasta los huesos y que hacía que deseara llegase cuanto antes la hora de irse a la cama para meter la cabeza debajo de las mantas y entrar en calor o, al menos, amortiguar los efectos de ese frío tan espantoso. Hasta tal punto le afectó la sensación de frío que, aun hoy en día, cuando llegaban las primeras bajadas de temperatura, se rascaba las manos en un acto reflejo, recuerdo de los picores que, hace tantos años, le produjeron los sabañones.

Mundi terminó su último curso en Padrón hecho un veteranazo y a punto de cumplir los doce años dijo adiós al colegio. Había superado una etapa, llegó como un niño y se iba como un hombrecito un tanto prematuro. En ese colegio había dejado unos cuantos jirones de su ser infantil, pero, por otra parte, pensaba ahora, mientras trataba de sacar la cajetilla tabaco de la bolsa de playa, su paso por él le había aportado un componente a su incipiente personalidad.

Por delante le quedaba un largo periplo de colegio en colegio pero, cuando tomó el tren de regreso a casa, sólo pensaba en que, a éste, no volvería jamás.

CAPÍTULO III

Mundi sacó el paquete de cigarrillos de la bolsa y extrajo uno. Antes de encenderlo hizo una pausa. Este ritual le había acompañado desde que empezó a fumar en el colegio y todavía hoy lo mantenía. Esa pausa era el tiempo suficiente para que, en otros tiempos, se oyeran unas voces que decían: ¡La pava! ¡La subpava!... Lo mismo sucedía al terminar, nunca agotaba los cigarrillos. Se acordaba de que, cuando había dado unas cuantas caladas y apenas había sobrepasado la mitad del cigarro, las mismas voces le increpaban: ¡Aquí huele a uña! ¡Que te vas a quemar el codo! En sus años de pinfanato jamás pudo fumarse un cigarrillo entero.

Las vacaciones de verano, una vez dejado el colegio, se las había pasado estupendamente. Todo el día en la calle porque, entonces, se podía estar en la calle sin ningún problema. Por las mañanas toda la cuadrilla de amigos del barrio se iban a la huerta de uno de ellos, que tenía una alberca para el riego y allí se bañaban. Algunos días transgredían las normas y se iban a bañar a un río cercano que, en esa época de estío, traía poca agua. La huerta tenía muchos árboles frutales y se ponían moraditos de cerezas, perucos y grosella, sobre todo grosella, de la que había unos buenos arbustos y a Mundi le encantaba. Volvía a casa y después de comer era obligada la siesta. Por las ventanas abiertas, que daban al patio de luces, se oía la radio de algún vecino que, en su programación de “Discos dedicados” unía la música con los deseos de felicidad. ”...Para Antoñita de su novio que mucho la quiere, para que pase un feliz día de cumpleaños”. Acto seguido, y después de un rosario de dedicatorias,

Antonio Molina se desgañitaba para que todos nos enteráramos de que era minero. Pepe Blanco, más tranquilo él, cantaba las excelencias del cocidito madrileño o daba clases de gramática explicando que la palabra Madrid, tenía seis letras. Su madre se hacía la loca cuando, en lugar de dormir, se dedicaba a leer tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, del Guerrero del Antifaz, de Hazañas Bélicas y el TBO y Jaimito. Salían cada semana y entre los compas, con la paga, compraban cada uno de una colección diferente y luego se los cambiaban. A Mundi le encantaba el olor a tinta que desprendían los lotes de tebeos nuevos en la tienda donde los vendían y en la que también vendían y cambiaban novelas. Por la tarde, otra vez a la calle a jugar al marro o a detectives y ladrones o a las chapas, con aquellas interminables vueltas ciclistas en un recorrido pintado con tiza en el asfalto, o al gua. La peonza o el hingue, eran otro entretenimientos. La actividad se detenía para subir a casa por la merienda, normalmente pan con chocolate del de tierra, o dulce de membrillo hecho en casa y luego se reanudaba hasta la hora de cenar. Después de cenar, su madre solía quedarse oyendo en la radio al tal Alberto Oliveras y su “Ustedes son formidables”, mientras cosía algo y él se iba a la cama a seguir leyendo tebeos, aunque, lo cierto es, que caía rendido.

A finales de agosto los padres (en masculino) organizaban una cangrejada en un bar del barrio. Previamente algunos de ellos y acompañados de algún que otro chaval los habían ido a pescar con reteles. Los ponían guisados con tomate en una gran perola en el centro de la mesa y itodos a comer! Mundi que acudía a la merendola junto con sus compañeros, viendo a los

padres de sus amigos tomando un vino, mientras observaban como sus vástagos devoraban lo que se ponía por delante, se daba cuenta que él era diferente.

Como diferente iba a ser lo que le esperaba poco tiempo después.

Pasó el verano, siempre corto y Mundi emprendió viaje rumbo a su nuevo destino: el colegio de la Inmaculada, en Madrid. Esta vez el viaje era más corto y directo. Así que Mundi se encontró entrando por la puerta de su nuevo colegio, donde, si la cosa no se torcía, debería pasar dos años.

Como en el anterior, le asignaron un número, le mandaron a la ducha, le cortaron el pelo, y para no variar le dieron un inseparable trapillo.

Mundi creía que esta vez tenía una ventaja y era que, como ya había estado en otro colegio, se las sabía casi todas no como los que venían por primera vez y para los que todo era novedad. Además contaba con amigos del otro colegio y los nuevos tenían que hacérselos. En parte tenía razón, pero sólo en parte, como pudo comprobar cuando se topó con el primer inspector, que le pegó un broncazo por no darse prisa en ir a la ducha. Que estaba equivocado lo corroboró el hecho de que los dos primeros días desayunó sólo líquido, pues la parte sólida del desayuno, que lo ponían en el centro de la mesa, desapareció en un pis pas y él se quedó sin nada. Otro tanto le sucedió con el postre. Había aprendido dos nuevos términos para él desconocidos: inspector y abordaje.

Lo de los amigos tampoco estaba muy claro ya que algunos de los que había tenido en Padrón no volvieron al colegio.

Entre los dos años que pasó en este colegio y los tres

siguientes en el colegio Santiago de Carabanchel Bajo, Mundi quemó su adolescencia.

En estos cinco años, Mundi incorporó a su argot pin-fanil nuevos vocablos: pava, subpava, queo, pitraco, escaqueo, aspirino, galonista... Hizo nuevos amigos. Desarrolló una habilidad inusitada por el dibujo, incluidas las caricaturas, lo que le ocasionó más de un disgusto por caricaturizar a quien no debía, sobre todo si era un profesor. Comprobó que los profesores eran más duros que las monjas y que a más de uno se le iba la mano. En este aspecto se llevaba la palma una especie de energúmeno de cerca de dos metros que a la sazón era el director del colegio. El uniforme azul marino, primero con pantalón corto y luego con largo, fue su traje oficial para salir a la calle. Se dio de cabezadas contra el latín que le podía y se volvió loco tratando de traducir lo que al tal César le pasaba en las Galias. El hacer deporte le gustaba regular, aunque no por eso dejó de hacerse rasponazos con la tierra del campo de fútbol. La gimnasia no le gustaba nada y a la hora de saltar aparatos se escaqueaba todo lo que podía. Sufrió e hizo novatadas. Empezó a fumar algún cigarrillo que otro. Para un muchacho de provincias, sobre todo a esas edades en que son esponjas dispuestas a asimilar todo lo nuevo, el estar en Madrid suponía el acceder a un mundo desconocido lleno de sorpresas. Las salidas, porque si no estabas castigado podías salir los festivos, se fueron ampliando desde los alrededores del colegio, que eran al principio, hasta el corazón de Madrid. Descubrió el tranvía y más tarde la forma de viajar en él sin pagar. El Metro le causó tal impresión que casi se pasó una tarde entera enlazando unas líneas con otras. La Gran Vía le fascinó con sus inmensos cartelones desde donde le miraban actores,

que con el tiempo serían sus ídolos, anunciando las películas que protagonizaban. A estos cines no podía ir. Eran caros y su débil economía sólo le daba parta ir de vez en cuando a los cines del barrio, próximos al colegio, que como eran de sesión continua había veces que se pasaba la tarde dentro. Descubrió las escaleras mecánicas de Galerías Preciados y los billares que había en un sótano en la Plaza de Callao. Conoció el Retiro con las barcas y la Puerta del Sol y el Rastro. Supo donde cambiarse de paisano pues comprobó que el uniforme era un modo de pregonar su condición y signo de diferencia. Hizo amigas en el barrio. Hubo bares que le servían de punto de reunión cuando salía y antes de volver al colegio.

Durante estos años cuando llegaba la hora de volver al colegio, los domingos por la noche, algo dentro de él se rebelaba ante su falta de libertad y se deprimía pensando que debía pasar otra semana, entre aquellas paredes, sin tener la certeza de que la próxima pudiera salir. Por eso, cuando salía, apuraba al máximo su estancia fuera del colegio y aunque no tuviera un duro andaba y andaba, viendo gente y escaparates y luces...

Recordaba Mundi con amargura aquellas largas tardes de domingo sin poder salir, tristes y nostálgicas, en las que veía todo negro y se preguntaba por qué estaba allí y si no era hora de hablar con su madre y decirle que se quería ir a casa, porque no aguantaba más.

Las monedas tienen dos caras y los estados de ánimo también y Mundi recordaba el día en que, al comenzar 6º Curso, llegó un aspirino nuevo y se hicieron amigos. Pasado algún tiempo se enteró de que tenía una hermana que, como es lógico, tenía amigas y en cierta

ocasión, el aspirino, le dijo si le apetecería ir a merendar a su casa un domingo por la tarde y a jugar a las cartas en compañía de algún amigo. Mundi y dos pínfanos más le dijeron que ya lo pensarían a lo largo de la semana. ¡Hipócritas!

A la hora señalada en punto, estaban los tres pínfanos lustrosos y re peinados como guardiamarinas. El padre estaba en el fútbol, la madre amabilísima, la hermana, que no estaba mal, casualmente esa tarde no salía y poco antes de empezar a merendar llagaron tres amigas de la hermana que pasaban por allí.

Así Mundi se introdujo en el mundo de las merendolas por la cara, que gustosa les ponía la madre del aspirino, las partidas a las cartas, al palé y... ilos guateques!, en casa de una amiga, en casa de otra. Ahí Mundi se hizo el dueño, entre otras cosas, era el único que entendía lo que decía Paul Anka en Diana, o los Beatles en Yesterday, o los Rolling en Satisfaction. Como es lógico amplió su círculo de amistades femeninas.

La maestra que vivía en casa de su madre se fue antes de empezar el curso y volvieron otra vez las estrecheces. Sin embargo un poco antes de llegar las navidades, la tía Rosa, regresó y esta vez para siempre. Mundi recordaba que cuando él fue de vacaciones y la vio, la encontró como si hubiera cumplido un montón de años a la vez y enormemente delgada.

Aquellas navidades las recordaba como las de las interminables veladas, por la noche, en torno al brasero de la mesa camilla, oyendo como su tía contaba historias de sus vivencias en unos lugares para él inalcanzables. Pero lo que le impactó de verdad es el transistor que su tía le regaló por Reyes, traído de

Londres. Con él se convirtió en el reyezuelo del dormitorio cuando volvió al colegio.

Antes de que llegaran las vacaciones de verano, recibió una carta de su madre en la que le decía que su tía Rosa había muerto. Según le decía, sabía que estaba tocada de muerte y había decidido venir a morir con los suyos. Con el tiempo, aquel transistor dejó de funcionar, pero él lo guardó junto con las cartas que había recibido de ella y aún hoy conservaba todo.

En esos cinco años que pasó en esos dos colegios tuvo que tomar las dos primeras decisiones importantes de su vida. La primera, al aprobar la reválida de Cuarto, ¿qué opción tomaba: Letras o Ciencias? Eligió Ciencias.

La segunda fue más seria y marcaría su vida: Una vez acabado Preu ¿qué es lo que quería ser en la vida? Después de darle muchas vueltas decidió que el quería ser...

CAPÍTULO IV

Militar. Sí, decidió ser militar. La verdad es que, con la perspectiva que da el tiempo, pensaba que, muy seguro, muy seguro de su vocación, no estaba. Su abuelo había sido militar, su padre también pero, al final de todo, Mundi pensaba, que si había decidido ser militar era en honor a su madre. Cuando su madre se enteró de su decisión, con la satisfacción reflejada en su rostro le dijo: "Tu padre, estaría orgulloso de ti".

Así que, otra vez la maleta y rumbo al colegio de Santa Bárbara en el barrio de Carabanchel Alto en Madrid. Nuevo número, ¿cuántos llevaba?, trapillo... curado de espanto entró con recelo. Había inspectores,

los profesores eran la mayor parte militares, el régimen seguía siendo cerrado, con salidas los sábados por la tarde y los domingos, el que podía, porque aquí, el castigo, se convertía en arresto y como variantes estaban el calabozo y el corte de pelo al cero.

El director no pegaba, arrojaba objetos, de los que tenía encima de su mesa de despacho, al alumno que era blanco de sus iras. Con frecuencia se expresaba por medio de sonidos guturales difíciles de entender.

Le llamó la atención que había aumentado el número de aspirinos. Con él llegaron algunos compañeros del Bajo pero el número no era muy elevado. La mayor parte de los nuevos era la primera vez que iban a un colegio de huérfanos. También llegaron pínfanos procedentes de colegios de Suboficiales y Mundi comprobó que habían seguido sus mismas vicisitudes y pasado las mismas carencias. El uniforme desapareció y sólo se llevaba cuando iban a examinarse a Zaragoza. El Bar Valderrama sustituyó al Bloque del Bajo y era el cuartel general desde donde se iniciaban y finalizaban las jornadas festivas. Frecuentó dos bailes, uno los Cristinos, el otro, tenía nombre de número pero ya no se acordaba de cual. Se hizo experto en guardar huevos fritos y boquerones, de la cena, de un día para otro y comérselos en bocatas al día siguiente con el desayuno. Coexistió con las mafias de los veteranos, porque en ese colegio los veteranos ejercían de verdad, que vendían los cigarrillos de “fiao”. Se escapó alguna noche que otra por procedimientos de lo más sofisticados. Hizo buenos y nuevos amigos, y sobre todo seguía sintiendo la misma sensación triste y deprimente cuando, los domingos por la noche, volvía al colegio ante la expectativa de otra semana más encerrado y la incertidumbre de si podría salir la

siguiente.

Al principio la cosa de estudios fue regular ya que las materias que componían el primer grupo eran más de letras, por eso le llamaban el grupo de las Literarias. Le impresionó ver que había gente que llevaban cuatro y cinco años y no habían conseguido ingresar. El problema estaba en que el límite eran los 22 años. ¿Y luego qué?

Poco a poco, fue cogiendo el tranquillo a la cosa e incluso un mes sacó el número uno de su sección, lo que le valió el regalo de un par de zapatos de Segarra, que duraron lo que tardó en llegar el primer domingo; él y un par de amiguetes se largaron a venderlos en el Rastro. Para celebrar la venta, se pasaron por el Abuelo, un bar típico cerca de la Puerta del Sol y se apretaron unas raciones de gambas a la plancha que les hicieron llorar de gozo.

Pensando en ello Mundi se dio cuenta que el tiempo pasaba y le quedaba poco para irse a tomar unas cañitas al chiringuito. Debían de estar a más de 30º, su suegra seguía con los crucigramas, los hijos habían desaparecido y su mujer se había metido al agua.

Volviendo a lo suyo, Mundi recordaba que las cosas no iban del todo bien. La gimnasia seguía siendo su bestia negra y, para ingresar, era necesario pasar una serie de pruebas, entre ellas el salto del caballo y ésta se le resistía. Al principio se lo tomó un poco en broma, se escaqueaba, racaneaba, hasta que el profesor le echó el ojo. Entonces la cosa se complicó. Unas veces rehusaba como los caballos cuando iban al salto, otras se quedaba sentado en mitad del aparato, al final conseguía ir un poco más allá y se dejaba la rabadilla en el final, pero saltar, lo que se dice saltar el caballo,

un par de veces en todo el año. Y el tiempo se acabó y llegaron los exámenes y a Mundi le colocaron el consabido uniforme azul marino, con gorra y todo y se fue con el resto de compañeros a Zaragoza, y se hospedó en la hospedería del Pilar, y fueron al día siguiente a la Academia en tranvía y pasó la primera prueba, que era el reconocimiento médico y se cambió para hacer las pruebas de gimnasia, y pasó la prueba de trepa de cuerda y pasó la de salto de altura y pasó la de salto de longitud y sólo le quedaba el salto de caballo y la velocidad, por este orden y se dijo que ahora o nunca y fue nunca, porque, a la hora de saltar, le entraron las dudas y se quedó empotrado contra la parte delantera del aparato. Y ahí se acabaron las aspiraciones militares de Mundi porque, se dijo a sí mismo que en la vida conseguiría pasar esa prueba. No se le olvidaría nunca la cara de su madre cuando llegó a casa y le dijo que había suspendido, pero de su boca sólo salió un “no te preocupes hijo, otro año será”. Dejó pasar unos días y por fin, le dijo a su madre que no quería ser militar y ya que el Patronato la daba otra oportunidad, había decidido estudiar una carrera difícil pero con mucho futuro, Ciencias Económicas y que pronto se sentiría orgulloso de él. La contestación de su madre fue: Haz lo que creas más conveniente para ti, ya sabes que a mí me parece bien lo que hagas.

Durante ese verano, Mundi, como había hecho desde dos años antes, se puso a dar clases particulares a chicos de la vecindad para sacar dinero para sus gastos.

Y otra vez la maleta y otra vez al Alto, pues ese año comenzó con un nuevo sistema en el que, además de los que se preparaban para ingreso en las Academias Militares, admitían alumnos universitarios.

Los amigos del año anterior le llamaban “virus” y él para compensar, cuando por las mañanas se iba a la Universidad, les daba un corte de manga para que se lo repartieran, mientras se quedaban encerrados en el colegio marcando trapillo.

Durante los años de carrera le pasó de todo. Hizo nuevas amistades de ambientes diferentes al suyo. Aprendió a estirar de forma inverosímil el dinero que le daban para comer fuera del colegio. Comió tantos platos de lentejas que, con el hierro que fue acumulando en su cuerpo se hubiera podido construir una locomotora. Se hizo asiduo del teatro Calderón al que entraba como componente de la “clac”, cuyas entradas repartía, a bajo precio, un señor regordete con bigote, en un bar cercano al teatro. Pero sobre todo estudió, estudió como un salvaje, como si le fuera la vida en ello.

En el viaje de regreso a casa, cuando terminó 3º de carrera, conoció a la que desde el primer momento pensó que era la mujer de su vida y así fue. Era más joven que él, acababa de terminar Secretariado de Dirección y era hija de un cardiólogo con renombre en la ciudad.

Mundi terminó la carrera. Cuando traspasó la puerta del colegio por última vez llevaba dos maletas, pero le hubieran sido necesarios diez baúles para llevarse consigo las vivencias habidas en su paso por los colegios. No quiso volver la cabeza, prefirió mirar hacia delante, a su futuro, con la fuerza que le habían dado 15 años de lucha diaria en colegios de huérfanos.

Como hijo de viuda tuvo opción a elegir el lugar donde quería hacer el Servicio Militar y solicitó el Regimiento donde estuvo su padre. Los tres meses de CIR,

se le hicieron largos. Tenía más edad que el resto de sus compañeros, muchos de los cuales era la primera vez que salían de casa. Eso se notaba, tanto a la hora de afrontar el vivir cotidiano, como, por ejemplo, a la hora de comer. Le llamaban tripero porque no dejaba ni las raspas en el plato, mientras, los otros, se alimentaban a base de bocadillos de la cantina.

Terminado el campamento, se incorporó al Regimiento y venía propuesto para hacer el Curso de Cabos. Le dieron el pase de pernocta, con lo que comía y dormía todos los días en su casa. Por las tardes daba clases en una academia y los alumnos no estaban descontentos con él.

Al empezar el Curso de cabos se llevó una gran sorpresa. Conocía al Teniente que daba las clases. ¡Era pínfano! El año que Mundi se preparó para militar, el otro, estaba en la Sección de los que, se suponía, tenían muchas posibilidades de ingresar, como así fue. No había llegado a cruzar con él ni una palabra y no sabía cómo se llamaba pero si recordaba el mote: "El Chucho". Le llamaban así porque, cuando se cabreaba, tenía una muletilla que decía: "A que te achucho un par de h... que te arranco la cabeza". Los pínfanos, agudos como ellos solos para poner motes, tuvieron dudas, no sabían si llamarle "El Guillotinas", por lo de arrancar cabezas o el "El Chucho", y por comodidad se quedaron con éste.

Así que Mundi, ni corto ni perezoso, un día, al finalizar la clase, aprovechando que el Teniente se había quedado corrigiendo unos ejercicios, se acercó a él. El otro que le vio venir le dijo:

—¿Qué pasa, chaval, algún problema?

—No, mi Teniente, —contestó Mundi— es que yo soy

pínfano y le conozco del Alto.

Se le quedó mirando como tratando de hacer memoria

—Perdona pero no caigo...

Y entonces Mundi le explicó la historia.

Estuvieron un rato charlando y todo marchaba bien hasta que el Teniente, mirándole fijamente, le espetó:

—Mira chaval, tu vivirás bien aquí, que de eso me encargo yo, que para eso somos pínfanos; pero como me entere que comentas con tus colegas, como me llamaban en el CHOE, te achucho un mes de calabozo y te quito el pase de pernocta.

Mundi fue una tumba. Al poco lo destinaron a Mayoría, entre números que era lo suyo, no sabía si por mediación del Teniente o por algún amigo de su padre que todavía quedaban.

Un poco antes de terminar la mili, el padre de su novia, le propuso sí, cuando terminara, le gustaría entrar a trabajar en una entidad bancaria, de ámbito regional, en la que tenía buenas influencias. A Mundi le recordó la escena del aspirino invitándole a merendar en su casa y adoptó la misma táctica, le dijo que lo pensaría. Mundi recordaba que no el mismo día, pero al mes de terminar la mili, estaba trabajando en la susodicha entidad. Con el primer sueldo en condiciones le regaló a su madre una caja de bombones, un gran ramo de flores y un marco de plata, que contenía una foto en la que aparecían su padre, su madre y él cuando tenía 7 años.

Mundi se casó con su novia la de toda la vida y pronto tuvieron hijos. Primero la chica, luego el chico y decidieron echar el freno, pues los dos partos habían sido muy malos.

Trataron de convencer a su madre para que se fuera a vivir con ellos y así no estuviera sola. No lo consiguieron, esa clase de viudas estaban hechas de una pasta especial y acostumbradas a afrontar la vida solas, no querían supeditarse a unos hábitos de vida impuestos. Además, por fin, le habían actualizado la pensión y la mujer podía respirar más tranquila. A diario, iba por casa y le echaba una mano a su nuera con los niños y muchos días se quedaba a comer con ellos. Las tardes las reservaba para salir con sus amigas a dar un paseo o a merendar.

Los hijos iban creciendo, al principio, Mundi, cuando se enfadaba, les amenazaba con mandarlos a un colegio de huérfanos. De pequeños surtía algo de efecto pero cuando se fueron haciendo mayores y les quería contar alguna batallita de su época pinfanil la hija le llamaba abuelo Cebolleta y el hijo pasaba de él como de una porquería de perro en mitad de una acera.

Un día su mujer le llamó al despacho, su madre...

CAPÍTULO V

...había quedado el día anterior en que pasaría por casa para ir juntas a hacer unas compras y que luego comería con ellos; al ver que no llegaba, trató de localizarla por teléfono y no obtuvo contestación.

Mundi le dijo que no se preocupara, se habría entretenido con alguien, ya llegaría.

Pero él sí se preocupó. Hacía un tiempo que su suegro la estaba tratando de una dolencia cardíaca, en principio leve, pero que requería atención.

Mundi, dejó el despacho y fue a casa de su madre.

Tenía llave y abrió. La casa estaba en penumbra y en silencio. La llamó y no obtuvo respuesta. Fue al dormitorio, estaba a oscuras y con la persiana bajada. Dio la luz y la vio. Tranquila, como sumida en un profundo sueño, muerta. Sobre su mesilla de noche, el marco con la fotografía que Mundi le regaló con su primer sueldo y un pequeño frasco de cristal, lleno de pétalos de rosa secos. Sencillamente su corazón se había cansado de latir. Pensó Mundi que había muerto como pasó por la vida, sin querer molestar. Había muerto como vivió, sola. Fajada en la lucha diaria con la vida, acostumbrada a salir siempre vencedora, no tuvo opción de plantarle cara a la muerte, ya que le sorprendió dormida y perdió. No había signo de sufrimiento en su rostro, ni mucho menos, todo lo contrario, más bien, era la expresión de paz que debe dar el saber que te vas de este mundo con la misión que asumiste cumplida. Este había sido el caso de su madre y de esa casta especial de viudas que, a base de sacrificios y privaciones, en unos tiempos difíciles, habían asumido el papel de padres y de madres hasta ver a sus hijos salir adelante en la vida. Todo, sin esperar nada a cambio, a lo sumo una frase cariñosa o una muestra de afecto y a veces, ni eso.

Cuando la losa que cubría el panteón familiar, donde también descansaban los restos de su padre y su tía, lo selló, algo intangible se rompió en lo más profundo de su ser, como si fuese el hilo que lo unía a su pasado afectivo, como si se quedara solo entre tanta gente.

—Segis, ¿qué te pasa? Tienes los ojos llorosos.

Su mujer salía del agua y venía hacia él.

—Nada, la gente que no sabe sacudir las toallas y me ha entrado arena en los ojos.

La vida siguió para Mundi, como pasa con todos.

Después de unos cuantos años trabajando en la entidad bancaria, decidió que quería ser su propio jefe. En compañía de un amigo abogado montó una asesoría fiscal. Su mujer, desempolvó sus conocimientos y entró a formar parte del despacho como secretaria. La cosa empezó lenta y con dificultades, pero poco a poco, fueron saliendo a flote y hoy en día, no podían quejarse, todo lo contrario.

Un día, por esas casualidades de la vida, Mundi descubrió en Internet una dirección en la que aparecía la palabra “pínfanos”. Por curiosidad entró en la página y todo su pasado se le vino encima de golpe. Al principio se limitaba a leer mensajes y ver fotografías. De los remitentes de los mismos no conocía a muchos, a otros sí, los menos. Una noche mandó sus datos y fue recibido por un montón de gente con unas muestras de afecto fuera de lo común.

Y comenzó a participar y a intervenir en discusiones y a participar en el chat y a ver fotografías actuales de sus compañeros y ahí es cuando se dio cuenta de que habían pasado muchos años tanto para él, como para los otros. Comprobó cómo los años, la mayoría de las veces, influyen en la memoria y dejan en nebulosa los malos ratos pasados y realzan los buenos y llegó a la conclusión de que debía estar agradecido a los que le habían dado la oportunidad de ser lo que hoy era. Amigos suyos del barrio, con igual o más capacidad intelectual que él, se habían quedado en el camino, la mayor parte por falta de medios económicos para poder estudiar una carrera. Bien es verdad que luego ejercieron profesiones igual de dignas que la suya porque, pensaba Mundi, la dignidad de una profesión, no la da los estudios que son necesarios para obtenerla,

sino la forma en que cada cual la ejerce. Eso no ocurrió en los colegios de huérfanos, todos tuvieron sus oportunidades y cada cual fue libre de elegir su camino. Mundi, estaba agradecido y de ese regustillo amargo que a veces le venía con los recuerdos, culpaba a algunas personas en particular, no a la institución. Su paso por los colegios le había dado una forma de ser especial, basada en unos valores intangibles entre los que el apoyo en y al compañero eran unos de los fundamentales. Eso se notaba en los mensajes que se cruzaban aun después de tantos años, eso entre otras cosas, les unía y les hacía ser un colectivo como ningún otro y al que se sentía orgulloso de pertenecer.

Una noche, Mundi, reunió a su mujer y a sus hijos en torno al ordenador que tenía en el despacho de casa. Accedió a la web de “pínfanos”, aparecieron los colegios por donde había pasado, después accedió al álbum de fotos y empezando por Padrón y terminando por el Alto, fue mostrándoles las fotografías. Desde aquellas instantáneas en blanco y negro, centenares de rostros fueron desfilando ante ellos. Fueron pasando los escenarios donde habían trascurrido muchos años de su vida y sus compañeros y sus profesores...

Era curioso, pero observándolas con detenimiento, sobre todo aquellas en las que aparecían los niños más pequeños, en sus miradas se observaba ese punto de tristeza y de temor del que se encuentra solo ante lo que quiera depararle la vida.

Cuando terminó, con voz entrecortada, Mundi, nada más acertó a decir:

Así me crié, ellos forman parte de mi historia, ellos son mi gente.

EPÍLOGO

El móvil sonó. Mundi volvió de su particular túnel del tiempo. Era su suegro, no llegaría a comer pues estaba teniendo buena pesca. El suegro de Mundi pasaba de playa y prefería irse a pescar con unos amigos que tenían una embarcación.

Su mujer se había cansado de tomar el sol y estaba debajo de la sombrilla leyendo una revista, sus hijos debían seguir en el chiringuito...

—Segis, hijo.

Era su suegra que, con el libro de crucigramas en una mano y el bolígrafo en la otra, le miraba por encima de las gafas.

—Dime, Luisa.

Su suegra se llamaba Luisa

—Segis, tú que sabes tantas palabras raras, dime cual puede ser ésta: "En plural. Aceptación con la que, en algunos lugares, se denomina a los componentes cárnicos de un guiso".

Segis, miró a su suegra y no pudo menos que esbozar una sonrisa.

—Pitracos, Luisa, pitracos.

Nota. Para dar continuidad al relato se han producido saltos en el tiempo que no se corresponden con la realidad cronológica.

Segismundo, Segis o Mundi, que lo mismo da, no existió... bueno, si ha existido ha sido gracias a todos nosotros, pues está hecho con un poco de todos y cada uno de los que componemos esta gran familia.

EL OTRO FÚTBOL

Autor: Miguel Delibes¹

Las distintas generaciones que han pasado por el Colegio Santiago de Valladolid han ido dejando huella indeleble del carácter y personalidad de estos alumnos que con escasez de medios intentaba superar todas las situaciones que la vida les deparaba, baste narrar a continuación la anécdota que refiere el autor y académico de la Lengua Don Miguel Delibes en su libro “El otro fútbol”.

Hace unas semanas publiqué un intrascendente artículo sobre fútbol y puedo asegurar que en treinta años corridos que llevo en oficio de emborronar cuartillas nunca un trabajo mío ha desencadenado un tan abundante número de réplicas y correspondencia como en este caso, lo que quiere decir que, al margen de la liberación que pudo representar para algunos este deporte durante la represión de la dictadura, el fútbol, en cualquier circunstancia política, constituye la pasión dominante para no pocos españoles.

Yo jugué mucho al fútbol de chico y aun de adolescente. En el Colegio de Lourdes, de Valladolid, era una potencia entonces, en los años treinta y con frecuencia,

¹Agradecemos a D. Miguel la autorización de publicación concedida a la AHE mediante nota personal del 28 de abril de 2006

mediamos nuestras fuerzas con otros colegios de segunda enseñanza: los jesuitas, los maristas o los muchachos del Instituto. No es preciso decir que unas veces ganábamos y otras perdíamos, pero en cualquier caso, siempre quedaba vivo un deseo: remachar el triunfo obtenido o tomarnos el desquite de la derrota. Había, no obstante, un colegio en Valladolid que siempre nos vencía: el colegio de Santiago para huérfanos de Arma de Caballería. He dicho que nos vencía cuando será más exacto decir que nos barría, literalmente nos aplastaba por tanteos contundentes que, todavía lo recuerdo, rara vez bajaban de nueve a cero o el catorce a dos. No creo que en aquel campo de tierra apelmazada que los huérfanos tenían en la trasera del edificio escolar de la calle de Muro alcanzáramos nunca un resultado más halagüeño que el de los seis o siete goles de diferencia. Y ¿qué tenían los huérfanos de Caballería que no tuviéramos el resto de los escolares de Valladolid? ¡Ah, los huérfanos! Aquellos mozos practicaban un fútbol precursor, hecho de inteligencia y sobreentendidos, apoyado en una velocidad de diablos, una entereza de atletas y un finísimo toque de balón. Posiblemente todo ello dependiera de su preparador físico o del frecuente ejercicio de este deporte, lo cierto es que aquellos muchachos ejecutaban otro fútbol.

Para mayor escarnio, los huérfanos jugaban en alpargatas sin que sus empeines parecieran resentirse de los secos trallazos que enviaban desde treinta metros contra nuestra portería con aquellos balones recios, coriáceos, que, como dice Vicente Verdú en su estupendo y divertido libro *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, “trascendía el vaho de su vejiga (protegida

por talco) y la biografía del cuero al que se le dispensaban cuidados vitalizadores dejándole secar al sol y embadurnándole con grasa”. Para los huérfanos este pelotón pesadísimo no constituía el menor obstáculo. Sus rapidísimos pies ensayaban el tiro a gol desde cualquier punto y en cualquier circunstancia, sin preparación alguna, y, a menudo, como el lector podrá deducir de los tanteos consignados, lo conseguían. Su movilidad, sus disparos durísimos, con unos pies prácticamente desnudos, me asombraban, hasta el punto de que hoy, a cuarenta años de distancia, todavía los recuerdo con admiración”.

Paralelamente a esta actividad yo fui espectador pasivo del fútbol desde 1929, mucho antes de convertirse este deporte en un espectáculo de masas. Durante seis largos lustros fui asiduo del Real Valladolid, asistí a su empecinado trajín en tercera División, a su paso fulgurante por la Segunda y a sus casi veinte años de Primera, campeón de invierno en una ocasión, empatándole al Madrid en Chamartín, o eliminando al Atlético de la Copa, en otra, con aquél asombroso gol de bolea de Sañudo que dejó estupefacto al desencantado público del Metropolitano. El desaforado profesionalismo —el fútbol fue perdiendo paulatinamente su carácter lúdico y los futbolistas ya no saltaban a la pradera a jugar, sino a ganar dinero—, la táctica del cerrojo, cada día más extremada, y el vocabulario de la grada, soez, irritantemente parcial, me empujaron , años más tarde, a abandonar los estadios y a convertirme en un espectador esporádico de los partidos televisados. Deduzco de todo esto que yo no era un hincha. Tampoco un espectador desapasionado —mis preferencias estaban claras—, pero

íntimamente rechazaba una victoria debida al case-rismo de un árbitro o a la presión asfixiante de la grada.

Mi artículo anterior no ha sido bien interpretado. Hablo en general, pues hay cartas, como la de don Antonio Calderón, juzgador insigne, que manifiestan una absoluta solidaridad con mi postura. No obstante, los comentarios reprobatorios entienden que yo opongo la velocidad a la belleza, el fútbol —arte al fútbol— fuerza, cuando creo que, tras una atenta lectura de mi artículo, no puede deducirse esto. Ocu-rre que, en la actualidad, yo identifico la estética del fútbol precisamente con la velocidad y la fuerza y considero, por otra parte, que únicamente estas cualidades son eficaces para contrarrestar las murallas defensivas al uso.

En mi trabajo anterior había dos cosas claras: Prime-
ra, el espectáculo se ha terminado si nos obstinamos en seguir aferrados a las antiguas tretas para dobligar a una defensa, y segunda, la debilidad del fútbol español resulta hoy incontestable frente al de los países del norte de Europa. Me parece ocioso discutir estos dos puntos, pero podemos subrayar algunos extremos que los aclaran. La táctica del marcaje trajo como consecuencia el agarrotamiento de un deporte hasta entonces preferentemente creador. El futbolista, antaño, saltaba al césped con la esperanza de desarbolar por juego al adversario. Hoy salta con la intención de inmovilizarlo. Desde este enfoque resulta palmario que el que intente el ataque, al abrirse, lleva las de perder. La defensa escalonada, si se practica bien, es difícilmente vulnerable y el gol, si llega, suele presentarse inopinadamente de un contragolpe a favor del que se defiende. Esto explica ese hecho, apa-
rentemente paradójico, del que se lamentan muchas

aficiones, de que sus equipos favoritos juegan mejor fuera que dentro de casa. Fuera, salen a sujetar, a impedir mancillar su meta, dentro, a eludir la sujeción y conseguir un gol El que sale a construir está perdido. De ahí que hoy impere la destrucción. Dos no juegan si uno no quiere. Y, con la destrucción, adviene la difícil vulnerabilidad de las puertas y, consecuentemente, si en verdad es el gol la salsa del fútbol, el tedio y el aburrimiento. El fútbol actual se sirve en seco, sin salsa ni aderezos, de ahí su insulsez.

En lo concerniente a la baja del fútbol latino, y especialmente del español, frente al noreuropeo, creo que está a la vista. Que el mediterráneo es flojo e inestable, no sabe tirar a puerta, no pasar al espacio vacío, me parece obvio por evidente. Pretender desbordar las defensas actuales con las artes de antaño, mediante fintas, regates y pelotas bombeadas, se me antoja una quimera. Esto ya no es factible. Frente a esta táctica rutinaria e inoperante, los noreuropeos han puesto en servicio otra, basada en la velocidad y la fuerza, en la energía y el sentido de la anticipación, esto es, la táctica que los huérfanos de Caballería de Valladolid ya utilizaban, con los resultados sorprendentes, en mis años mozos. El septentrional conserva la vertical mientras puede, tira a puerta desde lejos y sobre la marcha y, sobre todo, tiene la intuición del espacio vacío para dejar la pelota muerta a la que un compañero de cara al gol, puede llegar antes que su rival. Éste es todo un secreto. Y no se aduzca en descargo del fútbol español, que los ases nórdicos fracasan al insertarlos hoy en nuestros cuadros porque tropiezan con un adversario más duro. Yo entiendo que el bajo rendimiento de estos divos importados obedece a otras razones: por ejemplo, la

pérdida del ritmo de su antiguo equipo y la ausencia de respuesta a sus intuiciones. La velocidad del nuevo equipo no es la misma que la del de procedencia y el compañero no ve las pelotas que le deja en tierra de nadie o las considera pelotas perdidas. El caso Cruyff en España me parece el más esclarecedor. Cruyff jugaba demasiado para jugar bien, quiero decir para jugar bien aquí, para ser entendido en nuestro país. Se encontraba desasistido, empleaba unos métodos que no eran correspondidos y, lógicamente, se aburrió. Di Stéfano y Kubala vinieron en otros tiempos y encajaron. En la actualidad, el extranjero trasplantado se queda solo y, en términos generales, el bueno se hace malo y el malo se hace peor. Mediterráneos y septentrionales no pueden ser mezclados impunemente. Son dos conceptos del fútbol que normalmente se rechazan. Entre unos y otros no hay entendimiento, no hay correspondencia, no existe asociación.

Es algo así como si hubiéramos pretendido encajar un huérfano de Caballería en las filas del equipo de mi colegio allá por los años treinta.



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el
veintinueve de abril de 2023

